



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 262 - Mayo 2025

*El sacerdocio:
la misión de ser otro Cristo*

Nunca dudemos de su amor

En dos cosas nos conviene mucho estudiar, si no queremos ofender a Nuestro Señor: una es en amar su bondad, otra en confiar de su misericordia. Grandísima es la ceguedad del ánima que a tan buen Señor no ama, y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confía. Y así como las mercedes que nos ha hecho nos deben incitar a amarle (pues que son hechas con el amor que Dios nos tiene, el cual pide amor), así nos deben esforzar a confiar, pues que quien nos ha dado lo pasado y metido en su carrera y nos dará el acabar en ella.

Y lo mismo debemos sacar de la Pasión de Nuestro Señor, al cual debemos amar, pues Él fue el que murió por nuestro amor, y confianza, pues que sus merecimientos son nuestros. Váyase, pues, a lejos toda duda, toda flaqueza de corazón y toda desconfianza; pues cuanta es la virtud de su Pasión, tantos son nuestros merecimientos, pues que ella es nuestra, que Él nos la dio. Allí presumo y confío yo, y allí hago burla de mis enemigos,

allí pido yo al Padre ofreciéndole al Hijo, de allí pago yo lo que debo, y me sobra. Y aunque mis dolores son muchos, allí hallo mayor remedio y causa de alegría que en mí de tristeza.

¡Oh amoroso Dios y todo amor, y cuán grande bofetada te da quien de todo corazón no confía en ti! Si con haber-nos tú hecho tantas mercedes, y lo que más es, con haber por nosotros muerto, aún no confiamos de ti, ¡no sé qué diga, sino que somos peores que brutos! [...]

¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¡Plegue a ti que no permitas que, después de tantos millares de benefi-

cios, ande nuestro corazón en dudas y preguntas si nos amas o no, si nos has de salvar o no! Más claros son tus testigos, los cuales son las cosas que en nuestro corazón has obrado, que el sol de mediodía, que dan testimonio que nos quieres bien, y esperanza que nos has de salvar.

SAN JUAN DE ÁVILA. Carta 54. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1952, t. I, pp. 523-524.

Reproducción



San Juan de Ávila

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXIII, número 262, Mayo 2025

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40836-1996
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

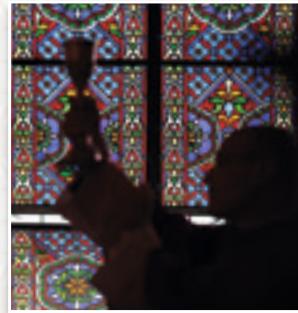
⇒ PREGUNTAN LOS LECTORES	4
⇒ EDITORIAL	
Sacerdote: todo y nada	5
⇒ LA VOZ DE LOS PAPAS	
Mediador entre Dios y los hombres	6
⇒ LA LITURGIA DOMINICAL	
Pedro, el verdadero pastor	8
¿Ovejas o polvo de los pies?	9
Vacíos de sí mismos, llenos de Dios	10
¿Cómo alcanzar la felicidad?	11
⇒ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Total entrega a la Santa Iglesia	12
⇒ TEMA DEL MES – SACERDOCIO	
San Juan María Vianney, modelo de los sacerdotes – «¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!»	16
El sacerdocio, antes y después de Cristo	20
⇒ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Entre la vulnerabilidad humana y la fuerza divina	24
⇒ ENSEÑANZAS BÍBLICAS	
La purificación del altar por Judas Macabeo – En función del altar	28
⇒ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
La misa de un mal sacerdote, ¿tiene algún valor?	31
⇒ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
P. Walter Joseph Ciszek, SJ – Abandono completo a la voluntad divina	32
⇒ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
¿Somos todos sacerdotes?	35
⇒ VIDAS DE SANTOS	
San Juan Houghton – Por la Santa Iglesia, estoy dispuesto a sufrir	36
⇒ DOÑA LUCILIA	
Sus últimos actos de piedad	40
⇒ HERALDOS EN EL MUNDO	42
⇒ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Como la palmera, ¡florecerán!	46
⇒ ¿SABÍAS...	49
⇒ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Moral..., ¡manipulada?	50



12 Itinerario de una llamada al sacerdocio



16 El secreto del párroco con más éxito

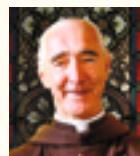


31 ¿El valor de la misa depende de quién la celebra?



46 Lecciones de la palmera para tu vida espiritual

Envie las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✉ P. Ricardo José Basso, EP

¿Qué importancia tiene el latín para la Iglesia?

Willian Silva Torres – Coronel Fabriciano (Brasil)

Según una bella expresión del magisterio pontificio, la lengua latina es «como el *aurea vestes* de la sabiduría misma»; presenta «un estilo conciso, diverso, armonioso, lleno de majestad y dignidad, que contribuye de una manera singular a la claridad y a la solemnidad» (SAN JUAN XXIII. *Veterum Sapientia*).

La vastedad y estructura del Imperio romano, cuyo idioma oficial era el latín, facilitaron la expansión de la verdad enseñada por Nuestro Señor Jesucristo, a pesar de las duras persecuciones promovidas por los césares. Aunque el hebreo y el griego conservaran un papel importante en la Santa Iglesia, el latín se revestía cada vez más de oficialidad, porque en Roma se hallaba la cátedra de Pedro, el infalible vicario de Cristo. Así pues, podemos decir que esa lengua fue la que el propio Hombre-Dios eligió para su Esposa Mística a través de medios providenciales.

Los cantos gregorianos elevan al Cielo sus sublimes melodías en latín. Los documentos pontificios, el catecismo y el

Código de Derecho Canónico tienen su versión oficial en la lengua latina. Y fue en esta lengua que grandes lumbres de la Iglesia —como San Ambrosio, San Agustín y Santo Tomás de Aquino— iluminaron los siglos con sus enseñanzas.

Además, el latín es un valioso instrumento para la unidad de la Iglesia, como afirmó Pío XI: «La Iglesia, como que estrecha contra sí con un solo abrazo a todas las naciones, como que vivirá hasta la consumación de los siglos, [...] requiere una lengua que por su naturaleza sea universal, inmutable y no corriente» (*Officiorum omnium*). En 2012, el papa Benedicto XVI creó la Pontificia Academia de Latinidad con el objetivo de promover un mayor conocimiento de la lengua latina «tanto en el ámbito eclesial como en el más amplio mundo de la cultura» (*Latina lingua*, n.º 4).

Se puede afirmar sin recelo que el latín es tan importante para la Santa Iglesia como nuestra lengua materna, es decir, a través del latín la Esposa de Cristo formula con más claridad, belleza y esplendor su doctrina salvífica.

Dice el Génesis que los patriarcas, hasta Noé, vivieron muchos siglos!

¿Cómo interpretar esto?

Ante todo, debemos cuidarnos de la mentalidad pragmática, con tintes de ateísmo, que afirma o insinúa que es mito o mera leyenda todo lo que excede el intelecto humano. Inbuidos de esa mentalidad, los autores racionalistas niegan unánimemente la interpretación literal de los textos bíblicos relativos a la edad de los primeros patriarcas.

Sin embargo, comentaristas de gran peso, como San Jerónimo (cf. *Liber Hebraicarum quæstionum en Geassim*, c. 5-6) en el siglo v y San Juan Bosco (cf. *Historia Sagrada*. Primera época, c. 4) en el siglo XIX, asumen la interpretación literal tanto de la longevidad de hombres como Adán o Matusalén, como del pasaje en el que Dios determina que la vida humana no pasaría —salvo raras excepciones— de los 120 años (cf. Gén 6, 3).

No obstante, existe también una interpretación simbólica y moral, que armoniza con lo literal, aceptada por la mayoría de los comentaristas. En el Antiguo Testamento, la larga vida significaba una especial predilección de Dios. Así, la

Taffarel Bezerra Lopes – Vía correo electrónico

longevidad de los grandes personajes prediluvianos simbolizaba la bendición divina que flotaba sobre ellos, transmitida de generación en generación hasta Noé. Siguiendo la misma lógica, a medida que los hombres se apartaban de las vías de la virtud, por el pecado, la bendición se retiraba progresivamente, y, en consecuencia, su tiempo de vida disminuía.

En resumen: ¿qué interpretación debemos aceptar? La Santa Iglesia nunca se ha pronunciado de manera solemne y definitiva sobre la necesidad de la interpretación literal de ese pasaje de las Escrituras. Pero nada impidió que los patriarcas hayan vivido siglos, porque «para Dios nada hay imposible» (Lc 1, 37).

Por encima de todo, nuestra preocupación debe ser otra: ¿cómo me estoy preparando para la vida eterna, en comparación con la cual mil años son sólo un abrir y cerrar de ojos? Que la Santísima Virgen nos ayude siempre a seguir el camino de las bendiciones de Dios, las cuales nos darán fuerzas en esta vida y alegría sin fin en la otra.

SACERDOTE: TODO Y NADA

En los últimos años se ha hablado mucho de una «crisis sacerdotal». Sin embargo, contrariamente a las apariencias, no ha empezado ahora; su ignición se produjo con un apóstol: Judas Iscariote. Tras él, una erupción de traidores —Arrio, Nestorio, Hus y una larga caterva— intentaron incrustarse en la Roca de Pedro, sin éxito.

Siguieron las revoluciones. La Revolución protestante, mediante el libre examen y la destrucción de la jerarquía, proclamaba básicamente que «todos» son sacerdotes. La Revolución francesa, con su anticlericalismo, se erigió como una especie de sacerdotisa, cuyas semidiosas serían la «razón» y la «libertad», entre otras. La Revolución comunista, en cambio, degradó la figura sacerdotal a través de la lucha de clases, de modo que los clérigos tendrían que identificarse con su propia realidad de acción: serían sacerdotes-obreros, sacerdotes-indígenas, etc.

En los últimos años se ha acentuado la mencionada disminución de vocaciones, junto con lo que se ha denominado «clericalismo». La enorme demanda de sacerdotes en todos los rincones es innegable. No obstante, más que sacerdotes, la sociedad necesita *buenos* sacerdotes. El mundo puede sobrevivir con algunos profesionales mediocres, pero no puede hacerlo con presbíteros mediocres.

La razón es que participar del sacerdocio del Señor no se trata de una vocación cualquiera, porque es Cristo quien llama —*vocat*— al candidato a ser otro Él mismo —*alter Christus*—; no se trata de una misión cualquiera, porque es Cristo mismo quien actúa en el que la recibe. Por eso, ser sacerdote no es una *profesión* ni una *función*, sino sencillamente *ser Cristo*.

Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. III, q. 63, a. 3) comenta que el carácter impreso por la ordenación es Cristo mismo —*ipse Christus*. El sacerdote es Cristo, sólo que por participación. Así, en virtud de la ordenación sigue siendo sacerdote en toda circunstancia, y no sólo cuando sirve como causa instrumental para administrar los sacramentos, ocasión en la que actúa más propiamente en la persona de Cristo —*in persona Christi*.

En todo lo que hace el presbítero, es Cristo quien lo realiza en él: su vida misma es Cristo (cf. Flp 1, 21). Ni siquiera el pecado puede borrar ese carácter, aunque pueda ser manchado por malas acciones, lo que constituye, en rigor, un pecado de sacrilegio.

También cabe subrayar que el Sumo y Eterno Sacerdote no fundó simplemente una nueva religión, sino una nueva *forma de vida* (cf. Hch 5, 20). No había que actuar ya como los fariseos (cf. Mt 23, 2-3) o como los paganos (cf. Mt 6, 7), sino como cristianos, en su plenitud.

En esta perspectiva, el Concilio de Trento señaló: «No hay cosa que vaya disponiendo con más constancia los fieles a la piedad y culto divino, que la vida y ejemplo de los que se han dedicado a los sagrados ministerios» (*Sesión XXII. Decreto sobre la Reforma*, c. 1).

Así, los gestos, las palabras y las actitudes de un ministro consagrado deben reflejarse en los de Cristo. El fundador de los heraldos, Mons. João, solía preguntarse en diferentes circunstancias: «¿Qué haría el Señor en esta situación?». Pues bien, ésa debe ser la pregunta constante de un sacerdote en sus acciones.

San Juan María Vianney, cuyo centenario de canonización celebramos este mes, dijo: «El sacerdote lo es todo». No obstante, también es «nada», porque su ministerio será tanto más fecundo cuanto más haga crecer a Jesucristo y menguar él mismo (cf. Jn 3, 30). El sacerdote es *todo* cuando dice «esto es mi cuerpo»; es *nada* cuando se arrodilla humildemente después de la consagración de las especies eucarísticas. ♣



Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, EP, celebrando misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, el 14/3/2010

Foto: Sergio Miyazaki



Mediador entre Dios y los hombres

La Iglesia necesita sacerdotes santos. El sacerdote debe reproducir en su alma todo cuanto ocurre sobre el altar. Como Jesucristo se inmola a sí mismo, también su ministro debe inmolarse con Él.

CONSTITUIDO EN BIEN DE LOS HOMBRES CERCA DE LAS COSAS DE DIOS

El género humano ha experimentado siempre la necesidad de tener sacerdotes, es decir, hombres que por la misión oficial que se les daba, fuesen medianeros entre Dios y los hombres, y consagrados de lleno a esta mediación, hiciesen de ella la ocupación de toda su vida. [...]

El sacerdote, según la magnífica definición que de él da el mismo Pablo, es, sí, un hombre tomado de entre los hombres, pero constituido en bien de los hombres cerca de las cosas de Dios (cf. Heb 5, 1), su misión no tiene por objeto las cosas humanas y transitorias, por altas e importantes que parezcan, sino las cosas divinas y eternas; cosas que por ignorancia pueden ser objeto de desprecio y de burla, y hasta pueden a veces ser combatidas con malicia y furor diabólico, como una triste experiencia lo ha demostrado muchas veces y lo sigue demostrando, pero que ocupan siempre el primer lugar en las aspiraciones individuales y sociales de la humanidad, de esta humanidad que irresistiblemente siente en sí cómo ha sido creada para Dios y que no puede descansar sino en Él.

Fragmentos de PÍO XI.
Ad catholici sacerdotii, 20/12/1935.

REPRESENTANTE DE CRISTO RESUCITADO

El sacerdote representa a Cristo. ¿Qué quiere decir «representar» a alguien? En el lenguaje común generalmente quiere decir recibir una delegación de una persona para estar presente en su lugar, para hablar y actuar en su lugar, porque aquel que es representado está ausente de la acción concreta. Nos preguntamos: ¿El sacerdote representa al Señor de la misma forma? La respuesta es no, porque en la Iglesia Cristo no está nunca ausente; la Iglesia es su cuerpo vivo y la cabeza de la Iglesia es Él, presente y operante en ella. [...]

Por lo tanto, el sacerdote que actúa *in persona Christi Capitis* y en representación del Señor, no actúa nunca en nombre de un ausente, sino en la persona misma de Cristo resucitado, que se hace presente con su acción realmente eficaz.

Fragmentos de BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 14/4/2010.

INTERPUUESTO ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

¿Quién puede decir los castigos que la oración sacerdotal aparta de la humanidad prevaricadora y los grandes beneficios que le procura y obtiene? [...]

El cristiano, por su parte, si bien con harta frecuencia se olvida de Dios en la

prosperidad, [...] en todos los peligros públicos y privados, acude con gran confianza a la oración del sacerdote. A ella piden remedios los desgraciados de toda especie; a ella se recurre para implorar el socorro divino en todas las vicisitudes de este mundanal destierro. Verdaderamente, el sacerdote está interpuuesto entre Dios y el humano linaje: los beneficios que de allá nos vienen, él los trae, mientras lleva nuestras oraciones allá, apaciguando al Señor irritado.

Fragmentos de PÍO XI.
Ad catholici sacerdotii, 20/12/1935.

DEBE CONOCER Y ENSEÑAR LA VERDADERA DOCTRINA...

El sacerdote debe tener pleno conocimiento de la doctrina de la fe y de la moral católica; debe saber enseñarla a los fieles, y darles la razón de los dogmas, de las leyes y del culto de la Iglesia, cuyo ministro es; debe disipar las tinieblas de la ignorancia, que, a pesar de los progresos de la ciencia profana, envuelven a tantas inteligencias de nuestros días en materia de religión. [...]

Al alma moderna, que con ansia busca la verdad, ha de saber demostrársela con una serena franqueza; a los vacilantes, agitados por la duda, ha de infundir aliento y confianza, guiándolos con imperturbable firmeza al puerto seguro de la fe, que sea abrazada con un pleno

conocimiento y con una firme adhesión; a los embates del error, protegido y obstinado, ha de saber hacer resistencia valiente y vigorosa, a la par que serena y bien fundada.

Fragmentos de PÍO XI.
Ad catholici sacerdotii,
20/12/1935.

... Y NO IDEAS PROPIAS

El sacerdote no enseña ideas propias, una filosofía que él mismo se ha inventado, encontrado, o que le gusta; el sacerdote no habla por sí mismo, no habla para sí mismo, para crearse admiradores o un partido propio; no dice cosas propias, invenciones propias, sino que, en la confusión de todas las filosofías, el sacerdote enseña en nombre de Cristo presente, propone la verdad que es Cristo mismo, su palabra, su modo de vivir y de ir adelante.

Fragmento de BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 14/4/2010.

NADA HACE SUFRIR MÁS A LA IGLESIA QUE LOS PECADOS DE SUS PASTORES

A este respecto, ¿cómo olvidar que nada hace sufrir más a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que los pecados de sus pastores, sobre todo de aquellos que se convierten en «ladrones de las ovejas» (cf. Jn 10, 1), ya sea porque las desvíen con sus doctrinas privadas, ya sea porque las atan con lazos de pecado y de muerte? [...]

La Iglesia necesita sacerdotes santos; ministros que ayuden a los fieles a experimentar el amor misericordioso del Señor y sean sus testigos convencidos.

Fragmento de BENEDICTO XVI.
Homilia, 19/6/2009.

PELIGRO DE DESCUIDAR LA SANTIFICACIÓN PROPIA

Sería gravísimo y peligrosísimo yeso si el sacerdote, dejándose llevar de



João Paulo Rodrigues

**Sólo tras haber llegado a ser uno
con Cristo, el sacerdote llevará
a los hombres la vida y la luz de Dios**

Misa en la basílica de Nuestra Señora
del Rosario - Caieiras (Brasil)

falso celo, descuidase la santificación propia por engolfarse todo en las ocupaciones exteriores, por buenas que sean, del ministerio sacerdotal. Procediendo así, no sólo pondría en peligro su propia salvación eterna, [...] pero se expondría también a perder, si no la gracia divina, al menos, sí, aquella unción del Espíritu Santo que da tan admirable fuerza y eficacia al apostolado exterior.

Fragmentos de PÍO XI.
Ad catholici sacerdotii, 20/12/1935.

«VIGILAD Y ORAD»

El sacerdote no deberá confiar en sus propias fuerzas, ni complacerse con desorden en sus propias dotes, ni andar buscando el juicio y alabanza de los hombres, ni aspirar ambicioso a las más altas dignidades, sino imitar a Cristo, que no vino «para ser servido sino para servir» (Mt 20, 28); niéguese, pues, a sí mismo, según el mandato del Evangelio (cf. Mt 16, 24), y no se apegue en su ánimo a las cosas terrenales con demasía, para así poder seguir, más fácil y más libremente, al divino Maestro. [...]

Sí, mis amados hijos, estad muy vigilantes, porque vuestra castidad ha de enfrentarse con tantos peligros, así por la plena ruina de la moralidad pública, como por los atractivos de los vicios, que hoy con tanta facilidad os asedian, ya finalmente por aquella excesiva libertad de relaciones entre personas de distinto sexo, tan corriente en la actualidad, y que a veces llega audaz a querer penetrar aun en el ejercicio del ministerio sagrado. «Vigilad y orad» (Mc 14, 38), acordándoos de que vuestras manos tocan las cosas más santas; acordaos asimismo de que estáis consagrados a Dios, y de que sólo a Él habéis de servir.

Fragmentos de PÍO XII.
Menti nostrae, 23/9/1950.

EL ALMA DE UN SACERDOTE DEBE TENER CONTINUIDAD CON EL ALTAR

Necesario es, por lo tanto, que el sacerdote procure reproducir en su alma todo cuanto sobre el altar ocurre. Como Jesucristo se inmola a sí mismo, también su ministro debe inmolarse con Él; como Jesús expía los pecados de los hombres, así él, siguiendo el arduo camino de la ascética cristiana, debe trabajar por la propia y por la ajena purificación. [...]

Y sólo entonces, cuando hayamos llegado a ser como una sola cosa con Cristo, mediante su inmolación y la nuestra, y cuando hayamos unido nuestra voz a la del coro de los habitantes de la celestial Jerusalén, [...] fortalecidos con la virtud del Salvador será cuando, desde la altura de la santidad, que hayamos conseguido, podremos bajar seguramente y sin peligro, para llevar a todos los hombres la luz sobrenatural de Dios y la vida sobrenatural.

Fragmentos de PÍO XII.
Menti nostrae, 23/9/1950.

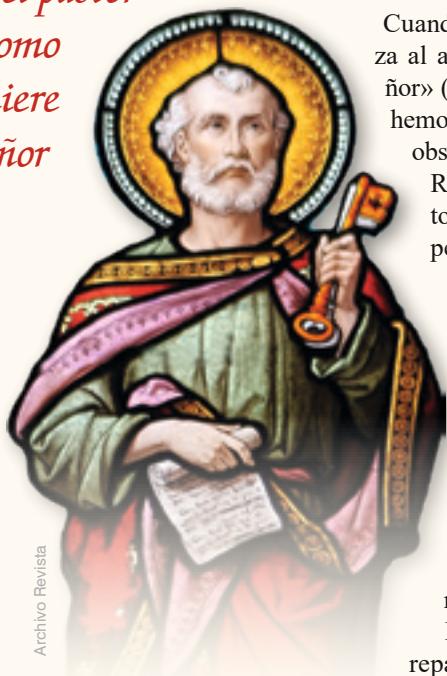


Pedro, el verdadero pastor



✉ P. Ignacio Montojo Magro, EP

*En pocas
líneas, el
Evangelio
esboza, en la
persona de
San Pedro, las
características del pastor
tal como
lo quiere
el Señor*



Archivo Revista

San Pedro - Iglesia dedicada
a él en Lisieux (Francia)

Al meditar sobre la tercera aparición del Resucitado narrada en el Evangelio de este domingo (Jn 21, 1-19), destaca, por su comportamiento ante el Señor, la figura de San Pedro.

Con su característico temperamento fogoso, Simón es el primero que salta al agua para encontrarse con el divino Maestro, que los espera en la playa; es el que corre a la red para llevarle los peces que Él ha pedido; es el que repara, con tres actos de amor, la defeción ocurrida en la noche de la Pasión (cf. Jn 18, 15.25-27); es, finalmente, el pastor confirmado en el cuidado del rebaño y que sellará su primado mediante el martirio profetizado por Jesús.

Cada uno de esos momentos de la sencilla pero sublime narración revela, incluso en el contexto anterior a Pentecostés, algunas de las características del verdadero pastor de almas.

Cuando el primer Papa se lanza al agua y nada hacia «el Señor» (Jn 21, 7), nos muestra que hemos de afrontar cualquier obstáculo para estar junto al Redentor, incluso —yo ante todo!— si todavía no somos perfectos.

Al apresurarse a sacar la red de la barca para coger algunos peces, como Jesús le había pedido, manifiesta que el pastor, aun teniendo la misión de gobernar el rebaño, debe estar siempre en actitud de servicio tanto a las ovejas como al supremo Dueño de éstas.

En el momento en que repara en su triple negación ante los demás Apóstoles, evidencia lo inaceptable que

son para la persona del guía de las almas actitudes o palabras dudosas que pudieran generar confusión entre los fieles. El amor debe ser proclamado a la luz del día, de manera definida. Y si hubo errores que escandalizaron procede una retractación también pública.

La oportunidad de estas actitudes es subrayada por el divino Pastor cuando, confirmando tres veces a Pedro en el oficio de apacentar el rebaño, usa las expresiones: «Apacienta mis corderos» y «Pastorea mis ovejas» (Jn 21, 15-16). Cada miembro del Cuerpo Místico de Cristo pertenece al Señor. El Papa es su representante, pero no el dueño del redil; es su vicario, pero tendrá que rendir severas cuentas de su propia administración.

Ahora bien, ¿cómo podemos discernir en los pastores su grado de fidelidad? La primera lectura (Hch 5, 27b-32.40b-41) muestra a San Pedro transformado por el Paráclito y reconociendo en sí su acción: «Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo» (Hch 5, 32). Y la señal de que realmente lo posee es su obediencia a la misión divina de predicar el Evangelio, aunque ello suponga enfrentarse al mundo entero. Éste —con sus falsos profetas, que enseñan el error— trata de silenciar la verdad y persigue a quienes poseen el sello del don de Dios.

Más. El pastor, cuando es auténtico, debe llevar su entrega hasta el extremo, portando consigo el cayado de la cruz. Dispuesto a trasponer los límites del heroísmo, tiene siempre ante sí la perspectiva de dar su propia vida por las ovejas mediante el martirio, si —¡qué gloria!— Dios así lo determina. En este sentido, ¡qué testimonio daría el primer Papa de no ser un mercenario, sino un verdadero discípulo del Señor del rebaño, como profetiza Jesús en el Evangelio de este domingo!

Recemos para que Dios nos envíe pastores según su corazón y nos dé la acuidad evangélica para discernir los verdaderos de los falsos. ♣

¿Ovejas o polvo de los pies?



✠ P. Hernán Luis Cosp Bareiro, EP

Aunque estamos rodeados de un mundo cada vez más caótico, la Providencia no cesa de manifestar su luz a los hombres y a las naciones, como se desprende de la primera lectura de este domingo (Hch 13, 14. 43-52). San Pablo y San Bernabé son enviados a predicar a pueblos distantes el acontecimiento más grande de la historia: la Encarnación, Vida, Pasión y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, hechos que no podían pasar desapercibidos ya que Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 4).

Engañados por la confusión reinante, muchas veces somos inducidos a creer que esa luz puede manifestarse de diferentes maneras. Sin embargo, el lugar por excelencia y exclusivo donde brilla es la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, lámpara que el divino Maestro encendió para que nunca se apagara.

En efecto, el Señor fundó su Iglesia para que a través de los tiempos se perpetuara la obra salvífica que inició en el holocausto supremo de la cruz. Y quiso, desde el primer instante, que esta salvación se extendiera a «todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7, 9).

Las distintas lecturas de la liturgia de hoy nos enseñan que, ante esa luz, sólo existen dos reacciones: seguirla, como hicieron los fieles que escucharon y se unieron a San Pablo y a San Bernabé; o rechazarla, como aquellos que, llenos de envidia, promovieron la persecución contra el Apóstol, es decir, contra la verdadera Iglesia que estaba naciendo.

En el Evangelio, el Señor llama a los primeros «ovejas», porque escuchan su voz; el Buen Pastor

los conoce y ellos le siguen (cf. Jn 10, 27). A éstos les ofrece la prenda de la vida eterna, pues nadie los arrebatará de sus manos divinas (cf. Jn 10, 28). Y en la segunda lectura Dios promete que «acampará entre ellos» (Ap 7, 15).

No obstante, los que lo rechazan, son considerados indignos de la vida eterna (cf. Hch 13, 46) y reciben un signo de maldición por parte de los representantes de Dios: «Éstos sacudieron el polvo de los pies contra ellos» (Hch 13, 51).

Aprovechemos esta oportunidad para reflexionar en cuál de las dos categorías encajamos ante la luz: ¿somos «ovejas» o «polvo de los pies»?

La oveja frecuenta los sacramentos de la eucaristía y de la penitencia, pone en práctica los consejos oídos en un buen sermón, se aleja de las ocasiones próximas de pecado, no da escándalo —que es un mal en esencia o en apariencia, y puede llevar a alguien a pecar— y reza con asiduidad y fervor.

Ante tales exigencias, muchos relativistas podrían objetar: «Yo no robo y nunca he matado a nadie», creyendo que esto les exime de cumplir las demás prescripciones del decálogo. Sin embargo, basta con despreciar cualquier mandamiento para rechazar la luz, ya que no es posible practicar establemente uno de ellos mientras se pisotean los demás...

Si desprecio la vida eterna y la condición de oveja, significa que estoy muy avanzado en un proceso de rechazo a Dios y que mi desprecio, en realidad, me llevará a ser despreciado por Él como polvo que se ha pegado a sus divinos pies. ♣

La luz para encontrar la verdad nunca nos falta... Ante la invitación de seguirla, ¿qué camino tomaremos?



Vacíos de sí mismos, llenos de Dios



✠ P. Marcelo Javier Pérez Wheelock, EP

Para cumplir plenamente la nueva ley del amor, se requiere de nosotros una actitud radical: que nos vaciemos de nosotros mismos

La Iglesia, desde sus orígenes, aprendió de los brios del divino Maestro a formular la súplica contenida en el padrenuestro: «Venga a nosotros tu Reino» (Mt 6, 10). San Juan, en el pasaje del Apocalipsis que la liturgia presenta este domingo, vislumbra la plenitud de ese Reino cuando declara que vio «un Cielo nuevo y una tierra nueva [...], la nueva Jerusalén que descendía del Cielo» (Ap 21, 1-2), donde habrá una convivencia ininterrumpida con el Altísimo, pues será «la morada de Dios entre los hombres. Dios morará entre ellos» (Ap 21, 3).

A lo largo de su vida pública, el Señor anunció la llegada de ese Reino y confirmó sus palabras con innumerables milagros. El Evangelio de este domingo nos muestra el cuidado y el cariño que, al cabo de tres años, Jesús tuvo para con sus Apóstoles cuando, a punto de iniciar su viacrucis, les muestra el medio por el cual su Reino debía instalarse en la tierra, dándoles «un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros» (Jn 13, 34a).

Aunque la antigua ley ya ordenaba el amor al prójimo, la novedad de este precepto radica en el modo de practicarlo. Mientras Moisés enseñaba a amar al prójimo «como a sí mismo» (cf. Lev 19, 18), en la nueva ley del amor Jesús indica: «Como yo os he amado» (Jn 13, 34b). Por tanto, se trata de amar al prójimo de la misma manera que Dios le ama.

San Pablo, en la Primera Epístola a los Corintios, describe de modo muy elocuente el amor cristiano: debe ser ante todo sufrido, porque «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»

Detalle de
«Las bodas de Caná»,
de Hieronymus
Francken III

(13, 7). Y el Señor nos da el ejemplo máximo de ello en su Pasión, cuando se entregó por nosotros en la cruz. Por eso el Apóstol de las gentes y San Bernabé advierten en la primera lectura de este domingo: «Hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios» (Hch 14, 22b). Se refieren a los sufrimientos que nacen como fruto de la verdadera caridad, imitando así el amor de Jesucristo.

Ahora bien, para poseer plenamente ese amor de Dios en nosotros, es necesario adoptar una actitud radical: vaciarse de sí mismo. El Evangelio del día nos ofrece un detalle importante al respecto: «Cuando [Judas] salió, dijo Jesús: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre”» (Jn 13, 31).

Comentando esta frase, San Agustín afirma: «Salió Judas y ha sido glorificado Jesús; salió el hijo de la perdición y ha sido glorificado el Hijo del hombre. [...] Al salir el no limpio, se quedaron todos los limpios y permanecieron con su Limpador».¹ Esta «limpieza» que tuvo lugar en el ámbito colectivo de los Apóstoles debe producirse individualmente en cada uno de nosotros. Por eso el obispo de Hipona aconseja: «Tienes que llenarte del bien, derrama el mal. Imagináte que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde depositas la miel? Hay que derramar el contenido del vaso; hay que limpiar el vaso mismo; hay que limpiarlo, aunque sea con fatiga, a fuerza de frotar, para hacerlo apto para determinada realidad».²

Esforcémonos, pues, por arrancar de nosotros todo egoísmo, orgullo y raíz de iniquidad, para vivir con perfección el precepto del amor y hacer así que el Señor habite entre nosotros. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). ♣

¹ SAN AGUSTÍN. *In Ioannis Evangelium. Tractatus LXIII*, n.º 2.

² SAN AGUSTÍN. *In Epistolam Ioannis ad Parthos. Tractatus IV*, n.º 6.



¿Cómo alcanzar la felicidad?



✉ P. Leandro César Ribeiro, EP

Si tuviéramos que definir a Dios con una sola palabra, sin duda sería *amor*. «Dios es amor» (1 Jn 4, 8), nos enseña el apóstol San Juan. El amor forma parte de la esencia divina, el amor impulsa la convivencia entre las tres personas de la Santísima Trinidad, el amor llevó al Creador a realizar su obra; en resumen, es el amor del Todo-poderoso el que gobierna la historia. Dios todo lo hace en función de su infinito amor y sin amor no hace nada.

Ese amor de Dios es uno de los aspectos que más está presente en el Evangelio del sexto domingo de Pascua (Jn 14, 23-29). El Señor declara: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Es una afirmación osada, porque Jesús afirma que Dios habitará no sólo con, sino en el interior de quien lo ama. Y, por si fuera poco, promete enviar a los Apóstoles el propio Espíritu Santo, amor sustancial que une al Padre y al Hijo. ¿Puede haber mayor prueba de su amor para con los hombres?

Desgraciadamente, solemos entender de manera equivocada ese amor, creyendo que la prueba del afecto de Dios por nosotros consiste en que Él nos dé todo lo que necesitemos, nos ofrezca todo tipo de felicidad, atienda nuestros mínimos caprichos. Pero la verdad es todo lo contrario. Cuanto más nos ama el Señor, más sufrimientos nos envía. Si nos proporcionara una vida en la que sólo hubiera alegrías, perderíamos innumerables ocasiones de ganar méritos con vistas al Cielo y rara vez nos acordaríamos de mirar hacia lo alto.

Pdpics (CC by-sa 3.0)



Sagrado Corazón de Jesús

¿Ha habido algún hombre más amado por Dios que Nuestro Señor Jesucristo en su naturaleza humana? ¿Y cuál fue el mayor regalo que le hizo el Padre? La cruz. ¿Ha habido alguna mujer más amada por Dios que la elegida por Él como Madre, María Santísima? ¿Y cuál fue el regalo que le hizo el Padre? Acompañar la muerte atroz de su divino Hijo, sufriendo con Él y mezclando sus propias lágrimas con su preciosísima sangre. Y lo mismo ocurre con el resto de la humanidad.

Ahora bien, cuando una persona pierde esa visión sobrenatural del sufrimiento y comienza a juzgar los acontecimientos con ojos materialistas, por tanto, fuera de la perspectiva de Dios, la realidad que le rodea acaba perdiendo su sentido, todo parece inexplicable y los reveses se presentan como auténticas tragedias.

El mundo de hoy, lamentablemente, ignora cada vez más el amor de Dios y, en consecuencia, procura la felicidad en una vida libre de sufrimiento. La búsqueda constante de placeres y comodidades se ha convertido en la tónica de la sociedad contemporánea. El hombre olvida que cuanto más se huye del sufrimiento, más se sufre.

El secreto para alcanzar la felicidad consiste en aceptar nuestras cruces de cada día. Al obrar así, demostramos el amor que le tenemos a Dios y le retribuimos su amor por nosotros. ♣

En el sufrimiento aceptado con amor reside el secreto para alcanzar la felicidad en esta tierra y la gloria en la eternidad



Total entrega a la Santa Iglesia

El próximo mes se cumplirán veinte años de la ordenación sacerdotal de Mons. João, llamamiento iniciado en los primeros vagidos de la conciencia y que lo atrajo cada vez más, hasta que fue arrebatado por el fuerte anhelo de consumirse como hostia al servicio de Jesús, para la santificación de las almas.

℟ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Suele decirse en teología que «la gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona».¹ En efecto, hay un fenómeno curioso en los campos natural y sobrenatural: en general, el ser humano es creado por Dios con una serie de aptitudes que constituyen una forma ya pronta para recibir la gracia que Él mismo dará más tarde, de modo que el alma esté predisposta a caminar en la dirección designada por la Providencia.

En el caso concreto de mi vocación sacerdotal, hay que considerar dos períodos: uno implícito, en el que la llamada existía pero estaba latente; y luego el momento en que se hizo explícita.

La fase implícita comenzó con los primeros destellos de mi conciencia. Al ser hijo único, permanecía aislado, observando y filosofando... Me atraía mucho la hermosa armonía que existe entre las estrellas del cielo, hasta el punto de pasar horas y horas por la noche, mientras todos dormían, contemplándolas. Por otra parte, me llamaban mucho la atención las características fisonómicas y temperamentales de las personas que me rodeaban. Saber cómo son los demás, sus tendencias y propensiones, sus gustos y apetencias, lo que piensan o cómo reaccionan, y correlacionar eso con su timbre de voz, sus

miradas, la disposición del pelo en su frente, o la falta de él, los tipos de nariz, los labios gruesos, finos o medianos, la barbilla, las manos, la manera de andar, me entretenía enormemente.

El análisis era incansable y me dio un sentido psicológico muy agudo, creando en mi alma un hábito que tal vez incluso ya preexistía como gemelo de la sindéresis de la inteligencia y de la voluntad. Eran los movimientos iniciales de una fuerte inclinación natural —puesta por la Providencia con vistas al sacerdocio— para conocer el fondo de las almas, a fin de auxiliarlas en sus carencias y necesidades.

Admiration por la Iglesia Católica y sus ministros

A la par de esto, me tocó una época en la que las ceremonias litúrgicas aún se celebraban con mucho esplendor, de modo que mis primeras admiraciones fueron para con la Iglesia.

Recuerdo perfectamente que, cuando tenía 5 años, un pariente mío me llevó de la mano a la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, de los padres Siervos de María —situada más o menos a unas cuatro manzanas de mi casa—, en el barrio de Ipiranga, de São Paulo.

Era casi de noche, en torno a las siete y media, y la capilla estaba llenísima; la

mayoría mujeres, todas arrodilladas y con velos negros, como era costumbre en aquel tiempo, y algunos hombres. Entré justo cuando el canto del *Tantum ergo* estaba terminando, estableciéndose un silencio absoluto en el recinto. El sacerdote se dirigía a dar la bendición con el Santísimo Sacramento.

Caí de rodillas y pensé: «No voy a agachar la cabeza como los demás, porque quiero ver qué pasa aquí».

El sacerdote levantó la custodia y trazó una enorme cruz, solemne y pausada; las campanillas empezaron a sonar y todos se santiguaron. Mantuve mis ojos fijos en el Santísimo Sacramento. Como todavía era un niño, no me habían hablado nada de la Eucaristía. No sabía qué era un ostensorio, ni entendía muy bien qué era un sacerdote, pero sentí una fortísima consolación interior y concluí que allí estaba el centro del universo, el Rey de reyes y Señor de señores, ¡Dios!

Ese deseo de Dios era tan real y profundo que más tarde, cuando fui a estudiar al colegio y me preparaba para la primera comunión, me apasioné por las clases de Religión. Los profesores, que las impartían con mucho esmero, eran los mismos padres servitas, y yo los tenía por santos, pues me parecía que todo clérigo debía ser perfecto.

Contaban historias de santos y hechos sobrenaturales que me encantaban y me hacían bien, hasta el punto de que tales principios y enseñanzas seguían resonando en mi interior desde la mañana hasta la noche, porque para mí eran vida.

Amargas y dramáticas decepciones

Sin embargo, la madurez, los aspectos graves, consecuentes y serios de la vida se cruzaron en mi existencia poco antes del atardecer de la infancia.

Cuando me topé con los efectos del pecado original en el proceso humano, el trauma resultante fue amargo, dramático y muy decepcionante... Sobre todo cuando, a causa de mi sentido psicológico, percibí que ciertos personajes de ese clero que tanto admiraba no correspondían enteramente al patrón de santidad que les había atribuido, sino que se dejaban arrastrar por el relativismo de aquel tiempo, incluso en cuestiones morales... Me daba cuenta de la insuficiencia religiosa de esas personas, y de su consecuente incapacidad para resolver los problemas del mundo. Eran como un fruto cuya bonita cáscara engañaba, pero que estaba mustio por dentro.

Por esa misma época, unos primos mayores, que lamentablemente habían perdido la fe, mantenían conmigo discusiones que me destrozaban, defendiendo la inexistencia del Infierno y que todas las personas solo se movían por interés.

Yo era al mismo tiempo idealista y radical. Y cuando la polémica tropezaba en ese punto, sacudía a mi sentido de inocencia: ¿cómo podía reinar la ley del interés sobre la faz de la tierra? ¡No era posible! Tenía que haber gente que se entregara por amor a los demás, para hacer el bien. Si eliminaran el idealismo del mundo, éste se desintegraría; de lo contrario, no tendría ganas de vivir...

No obstante, tantas decepciones sirvieron de estímulo para lanzarme con mayor intensidad en busca del mejor equilibrio entre criaturas y Creador. Tenía la idea de la necesidad de resistir al relativismo y un gran deseo de descubrir una forma de perfección moral que fuera lo opuesto a eso y que venciera al mal. Una certeza interior me decía que existía alguien —junto al cual había otros, no muchos— que era enteramente bueno y en quien podía confiar.



Antes incluso de abandonar la infancia, el pequeño João sentía el deseo de amparar a sus amigos, a fin de conducirlos por las vías de la virtud

João en 1948

De modo que le rezaba a la Virgen para que me encontrara con esa persona, porque quería seguirla y formar un grupo para hacer el bien.

Así pues, incluso antes de abandonar la infancia, cuando la juventud sólo despuntaba, se hacía explícito en mí el

empeño de amparar a mis compañeros: me arrebataba el celo por todos mis amigos, en el sentido de servirles de apoyo para emprender el camino de la virtud, rumbo a la perfección. Deseaba ardientemente revertir de algún modo la armonía sideral, contemplada en mis largas noches de insomnio, a la convivencia social, añadiendo una nota más: la armonía del hombre con Dios mismo, la cual constituía una verdadera atención única y principal en mi día a día. De ahí mi sueño de fundar una asociación honesta, recta, directa, para relacionar a los jóvenes con Dios. Era, de hecho, el soplo del Espíritu Santo que me entusiasmaba por el servicio a los demás, dentro de los sagrados muros de la Santa Iglesia.

El encuentro con un varón de Dios

Unos años después, asistí a una charla sobre el protestantismo y las desviaciones de la vida y mentalidad de Lutero. En una concatenación lógica, el orador demostró que todas las herejías surgen de la tergiversación de la verdad. Con el auxilio de la gracia, comprendí la solidez de la Iglesia y la unicidad de la fe católica en relación con los otros cultos. Recuerdo que pensé: «¿Para qué quiero fundar una sociedad? La verdadera sociedad es la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, fundada por Nuestro Señor Jesucristo. A ella tengo que entregarme por completo».

Salí de aquella exposición con una convicción tan grande de la integridad de la religión católica, y con tal entusiasmo por la piedad y por la virtud, que decidí cambiar de vida: al día siguiente me levanté temprano, fui a la iglesia, hice una confesión general y ayudé en la misa. Luego recé todo el rosario, y nunca más dejé mis oraciones y la comunión diarias.

En esa atmósfera, el 7 de julio de 1956, fue donde conocí a un varón de



Dios, Plinio Corrêa de Oliveira, que iluminó mis caminos, le confirió brillo a mi entendimiento y robustez estable a las decisiones tomadas al comienzo de mis tiernos años juveniles, convocándome a la plena integridad de hijo de la Santa Iglesia, a su servicio y en beneficio de mis hermanos en la fe.

A partir de mi encuentro con ese varón, un volcán de admiración por la Iglesia estalló en mi interior, restableciendo toda la cadena de «*flashes*» que yo había tenido desde niño: la primera adoración al Santísimo Sacramento, las impresiones de la primera comunión y la primera confesión, la recepción de la confirmación, el encanto por las clases de catecismo y la idea de la existencia de un mundo sobrenatural más allá de los propios sentidos...

Ante mi horizonte, pues, se abrirían las puertas a una trayectoria dedicada al apostolado, y me resolví a abandonarlo todo y a todos para servir mejor a Dios bajo la sabiduría y el consejo del Dr. Plinio.

De ahí en adelante, todo lo que ocurrió me condujo al sacerdocio: la orientación de miles de jóvenes de distintas naciones por las vías de la virtud, la formación de éstos en conjunto, la inauguración de métodos nuevos de evangelización. A unos los arranqué de las garras del demonio, a otros perdoné, fortalecí y salvé, a otros, además, los atraje y animé a buscar la perfección, empleando lo mejor de mis fuerzas y cualidades en el auxilio a los necesitados espirituales, en una verdadera «preocupación por todas las iglesias» (2 Cor 11, 28).

En el fondo, se trataba de una función a la manera sacerdotal, ejercida como laico y no explicitada, pero que, dada mi voluntad de hacer el bien a los

demás, había tenido siempre desde el uso de razón.

Un «fiat lux» claro como un sol

El fallecimiento del Dr. Plinio, en 1995, me hizo constatar mi pobre contingencia. Recuerdo claramente haber comprobado con alegría cómo crecía la obra que él dejó; sin embargo, esta perspectiva conllevaba una secuencia de aprensiones y preocupaciones de diversa índole: ¿Cómo obtener más gracias? ¿Cómo reparar completamente las faltas cometidas en la institución, ahora y en el futuro? ¿Cómo puedo prestar asistencia religiosa a tantas personas que me han sido confiadas?

No tardé mucho en percatarme hasta qué punto dependía sustancialmente del auxilio sobrenatural: el mejor medio de santificar esta obra era la misa.

Porque el Señor siempre me mostraba más sensiblemente su poder en la eucaristía, como diciendo: «Aquí estoy en mi divinidad, para atender las peticiones que me hagan». Por lo tanto, reparación, santidad, gracias, desarrollo, todo esto era imposible sin el Santísimo Sacramento.

En un cierto momento se dio un *fiat lux*, claro como un sol: necesitamos tener una rama sacerdotal en los heraldos. Y entonces me fue fácil discernir el llamamiento de Dios para recorrer el camino sacerdotal, iniciado en los primeros vagidos de mi conciencia.

No era sólo la sensación penetrante de mi condición de humana criatura y el deseo de reparar mis debilidades lo que me llevaba a esos fuertes anhelos. Era una misteriosa inquietud que me invitaba a más y más, arrebatando mi interior.

La mejor manera de unirme a Dios, conociéndolo y amándolo con mayor fervor y, así, servir a la Santa Iglesia y a la sociedad con perfección, sería hacerme sacerdote. Quería poder celebrar misa por aquellas intenciones que bullían con intensidad en mi corazón; quería ser consumido como una hostia al servicio de Jesús y en el empeño de santificar a todos. Lo que más me llevaba a abrazar ese estado era, sobre todo, el deseo de ser vehículo del Señor para absolver a quienes encontrara en busca del perdón divino.

Embajadores de Dios ante los hombres

Finalmente, el 15 de junio de 2005 recibí el sacramento del orden, culminando así la caminata de entrega total a la causa de la Santa Iglesia. Con delicias de alma penetré en la consideración de las obligaciones, sacrificios y virtudes que impregnan la vida de un sacerdote.



Teresita Morazzani

Consciente de que la obra fundada por el Dr. Plinio dependía de un auxilio sobrenatural, Mons. João discernió con más claridad la necesidad de fundar una rama sacerdotal

Monseñor João en noviembre de 2004



Finalmente ordenado sacerdote, consideraba con delicias de alma las obligaciones, sacrificios y virtudes que impregnaban la vida de un presbítero

En el destacado, Mons. João durante su ordenación sacerdotal, el 15 de junio de 2005. De fondo, aspecto de la ceremonia

En efecto, quien entra en la vía sacerdotal está llamado a imitar al Sumo Sacerdote, aquel que, «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Flp 2, 6-7). Por eso, desde el momento en que fue ungido y le fueron impuestas las manos del obispo sobre su cabeza, según la tradición apostólica, debe desaparecer, en un completo olvido de sí mismo y abandono en las manos de Dios. En el confesorario, en el altar, al administrar los demás sacramentos, su persona no importa, pues quien está allí es Nuestro Señor Jesucristo.

El sacerdote es sacado de en medio de los hombres y elevado para ser embajador de Dios ante ellos, y de ellos ante Dios. San Isidoro, en su obra *Etimologías*, nos da el origen de la palabra sacerdote: «*quasi sacram dans*».² Es decir, el que distribuye las cosas sagradas, presentando las oraciones del pueblo, que deben subir a los oídos divinos, e intercediendo para que sean infundidas en las almas toda dádiva buena y todo don

perfecto que desciende del Padre de las luces (cf. Sant 1, 17).

Como eslabón de unión entre Dios y los hombres, existe una cierta paridad entre la vocación sacerdotal y la del ángel. No sólo por la práctica de la virginidad jamás interrumpida debe asemejarse a los espíritus puros, sino por la obligación de transmitir a los demás la Bondad y la Verdad que es Dios: «La boca del sacerdote atesora conocimiento, y a él se va en busca de instrucción, pues es mensajero del Señor de los ejércitos» (Mal 2, 7).

No obstante, los ministros de Dios tienen precedencia sobre los ángeles del Cielo, porque éstos pueden socorrer y animar a las personas que custodian, así como expulsar a los demonios que las rodean, pero no poseen la facultad de romper las cadenas que atan a las almas al pecado, mediante el *munus* de absolver obrando *in persona Christi*.³

Por lo tanto, por debajo de la dignidad de María Santísima, Madre de Dios —que participa de manera relativa en el orden hipostático⁴— se encuentra la figura imponente, majestuosa y sagrada del sacerdote.

Y si, por una parte, el sacerdote es aquel que se considera mero instrumento de Dios, dispuesto a todos los holocaustos y listo a aceptar las humillaciones como aroma de incienso, por otra, la total fidelidad a su altísima vocación le exige ser ejemplo para los demás en su apostolado, según las palabras del Señor: «Vosotros sois la luz del mundo. [...] Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt 5, 14.16). ♣

Fragmentos de cartas de los años 2004 y 2005, y de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2009.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 1, a. 8, ad 2.

² SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etymologiarum*. L. vii, c. 12.

³ Cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *La dignidad y santidad sacerdotal. La selva*. Sevilla: Apostolado Mariano, 2000, pp. 15-16.

⁴ Cf. ROYO MARÍN, op, Antonio. *La Virgen María*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1997, p. 101.



Reinhardhauke (CC by-sa 3.0)

«¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!»

Si el fervor del rebaño depende del pastor, ¿cuál era, entonces, el secreto del más exitoso de los párrocos? He aquí lo que él mismo responde: «Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada».

¶ Vinicius Niero Lima



El pequeño Juan María Vianney, con sólo 4 años, aún jugaba cuando al otro lado del mundo se publicaba una profecía sobre... San Juan María Vianney.

En aquel año de 1790, el P. Manuel Sousa Pereira, OFM, consignaba en la ciudad de Quito (Ecuador) una revelación que la Madre del Buen Suceso le había hecho a la religiosa concepcionista Mariana de Jesús Torres el 8 de diciembre de 1634: «Los sacerdotes desde el siglo XX deberán amar con toda su alma a San Juan María Vianney, un siervo mío, que la bondad divina prepara para hacer un regalo con él en esos siglos, dándoles un ejemplar modelo del abnegado sacerdote. No será de familia noble, para que el mundo sepa y entienda que en el aprecio de Dios no hay otra preferencia sino la virtud a fondo. Ese siervo mío, que como te dije, vendrá al mundo al finalizar el siglo XVIII, me amará con todo su corazón»!

El redactor franciscano transcribiría la profecía sin verla hecha realidad. La fe, sin embargo, le decía que en algún lugar la predicción se cumpliría. Después de todo, ya era «al finalizar el siglo XVIII»...

Y, de hecho, en la lejana Francia, la Virgen demostraba que nunca miente.

Pastor, soldado y sacerdote

El 8 de mayo de 1786 nacía el cuarto hijo de Mathieu y Marie Béluse. Bautizado ese mismo día, recibía el nombre de Juan María. No era de noble linaje, según las palabras de Nuestra Señora; todo lo contrario, la pobreza formaba parte de los sufrimientos cotidianos de esa familia de pastores de Dardilly.

Siempre muy religioso, Juan María recibió la primera comunión a los 13 años, una edad precoz para la época, y

a los 20 ya había discernido que su vocación pastoral trascendía con mucho los rebaños y el cayado: sería en el altar donde immolaría al verdadero Cordero y en el confesionario donde llevaría sobre sus hombros a la oveja herida.

Para ello intentó aprender latín. Lo intentó..., porque su capacidad no daba para mucho más. Sólo después de una peregrinación, en la que pidió superar su ignorancia, pudo hacer algunos progresos. No obstante, éstos enseguida se vieron truncados por su alistamiento en el ejército napoleónico, en 1809.

Desgustado al ver frustrado su empeño por unirse a la milicia de Cristo y molesto por tener que luchar bajo las órdenes de un usurpador en guerra con el Papa, desertó con éxito de las falanges francesas y entonces llamó a la puerta del seminario mayor. De allí, inicialmente, lo expulsaron, porque no lo consideraban apto para el sacerdocio debido a su rara, por escasa, inteligencia. Sin embargo, tras mil y una pruebas y dificultades fue ordenado sacerdote el 13 de agosto de 1815.

Casi tres años después, en febrero de 1818, lo destinaron al último de los

*San Juan María
Vianney, modelo
ejemplar de sacerdote
abnegado, fue un don
enviado por Dios a los
hombres de su tiempo
y de los siglos futuros*

pueblos de su diócesis: Ars, una aldea que albergaba unas doscientas cincuenta almas.

El famoso monumento de Ars

A partir de entonces, ese silencioso rincón se convertiría en un gran centro de espiritualidad.

De hecho, en poco tiempo las multitudes comenzarían a acudir presurosas. Recorrerían larguísimas distancias para estar con el cura de Ars, para oír sus consejos o por lo menos para recibir una mirada suya. Su presencia atrae, su amonestación convuelve los corazones inflexibles, su ejemplo arrastra. La gente corre a reservar un

*Ya párroco de Ars,
Juan María atraía
a las multitudes,
que acudían para
oír sus consejos o,
por lo menos, recibir
una mirada suya*

sitio en la fila para, de rodillas en el confesonario, pedir ayuda al «oído que escucha y no transmite la confidencia más que a Dios», a la «boca que contesta, que guía, que consuela, que ata y desata, [que] es, realmente, la boca de Dios. El párroco de Ars es ese oído y esa boca. Y él lo sabe».²

En realidad, ¡todos lo sabían! Por eso, la espera para ser atendido en confesión se eterniza días y días. Pero vale la pena, porque cuando los hombres, y especialmente los santos, cooperan con la gracia de Dios, realizan verdaderos prodigios en las almas de aquellos con quienes conviven. Con razón, «un santo vivo es más buscado que un santo muerto».³

A pesar de su manera de ser sencilla, de su voz enronquecida por el tiempo y de su apariencia física poco atractiva, San Juan María Vianney, gracias a su alma inocente, su presencia marcada por la virtud y su candidez en el trato con las personas, atraía a almas de todo el mundo. «Un párroco que no come nada, que no duerme, que lo da todo, que reza como no se ha visto rezar nunca, que celebra su misa como un ángel y que embellece su iglesia, es un

fenómeno demasiado sorprendente»,⁴ como para que no se convirtiera en el monumento quizá más visitado de la Francia de entonces.

La enorme atracción que hizo de él el centro gravitacional de toda una época, la ejerció, pues, no tanto por sus labores apostólicas, su gestión parroquial, la creación de grupos y pastorales, la originalidad de sus sermones o incluso los encantos de la música, sino por la vida interior que rebosaba de su alma.

Sacerdote, es decir, itodo!

La fascinación que despertaba San Juan María no sólo provenía de la fragancia irresistible de su santidad, sino también de la conciencia plena, profunda y humilde que tenía de su vocación: enseñar, gobernar y santificar a los demás, viviendo para ejercer la misión de ser otro Cristo en cuanto sacerdote.

En la confesión, por ejemplo, «cada vez escucha en Dios y cada vez contesta en Dios; con un gran temblor (no es más que su humilde ministro), pero



Foto: Reproducción

Fila para confesarse con San Juan María Vianney - Capilla de la Providencia, Ars-sur-Formans (Francia); en el destacado, cartas de la ordenación sacerdotal del santo y de su nombramiento como párroco de Ars. En la página anterior, el Santo Cura de Ars - Iglesia de San Germán, Saint-Germain-les-Belles (Francia)



con el don de todos sus recursos íntimos y con la certidumbre de ser reaprovisionado por Dios».⁵

Esa compenetración le llevaba a tener una gran veneración por el sacerdocio y a inculcar en sus feligreses un enorme respeto por los ministros de Dios. Sus palabras de predicador son demasiado expresivas como para que no las transcribamos:

«Si no tuviéramos el sacramento del orden, no tendríamos a Nuestro Señor. ¿Quién lo ha puesto allí, en ese tabernáculo? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma a su entrada en la vida? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para darle la fuerza de realizar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavando esta alma, por última vez, en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma muere [por el pecado], ¿quién la resucitará? ¿Quién le devolverá la serenidad y la paz? De nuevo el sacerdote. [...] El propio sacerdote no se comprenderá a sí mismo sino en el Cielo... [...] ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!»⁶

Al pie de la cruz, con María

¿Cómo entender la grandeza de un varón a cuyas órdenes Dios desciende del Cielo y las almas muertas resucitan? Lo incomprensible encerrado en esos supremos poderes tal vez fuera lo que más atraía a la multitud, pues el P. Vianney nunca trivializó esos momentos sagrados entre todos. Todo lo contrario, «estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la misa: “La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!”».⁷

El cura de Ars vivió como consecuencia de la elevada consideración que tenía por el sacerdocio, hasta el

punto de identificarse totalmente con su propio ministerio. Por eso, era necesario que continuara la obra de la Redención renovando de manera inocruda el sacrificio del Calvario, no sólo en el altar, sino también en su existencia cotidiana. Como San Juan al pie de la cruz, junto a la Madre de Dios, sufría con aquel que se inmola diariamente en la santa misa.

Corona y aureola de todos los santos, la devoción a la Santísima Virgen no po-

día dejar de adornar el alma de San Juan María. El párroco por excelencia se ponía bajo la mirada y el cariño de la Señora del universo con la entrega y veneración de un niño en su regazo. Por eso decía con conocimiento de causa: «El Corazón de María es tan tierno con nosotros que los corazones de todas las madres juntas no son más que un trozo de hielo a los pies del suyo».⁸

En el calvario de su ministerio

Si bien es cierto que todo cristiano, amparado por la Reina de los mártires, debe seguir a Cristo en la escuela del sufrimiento, para un sacerdote esta configuración se hace mucho más profunda, ya que debe sufrir por sí y por aquellos que le han sido confiados. De una forma sencilla pero conmovedora, ese punto esencial del cristianismo también fue enseñado por el patrón de los sacerdotes: «La cruz es la escalera del Cielo [...]. El que no ama esa cruz quizás podrá salvarse, pero con dificultad: será una pequeña estrella en el firmamento. Aquel que habrá sufrido y luchado por su Dios, brillará como un hermoso sol».⁹

La vida de San Juan María Vianney estuvo marcada de arriba abajo por los esplendores de ese sol en plena aurora, es decir, de la cruz en los más diversos aspectos, tamaños y pesos: el confesorio, la correspondencia, los desdichados, los importunos, las deudas, el mal humor de su vicario, las molestias del demonio, los dolores físicos, los pinchazos del cilicio, la privación de alimento y de sueño, y también las dudas acerca de su vocación de párroco y la conciencia de su miseria; todo esto le pesaba a la vez.¹⁰

El calvario de este párroco ejemplar alcanzó tal extremo que empezó a ser un misterio hasta para la ciencia. Incluso fue examinado por médicos, más de diez años antes de su muerte,



San Juan María Vianney - Basílica dedicada a él en Ars-sur-Formans (Francia)

El santo vivió como consecuencia de la alta estima que tenía por el sacerdocio, hasta el punto de identificarse plenamente con su propio ministerio

que no se explicaban cómo podía seguir vivo en medio de una rutina tan agotadora y repleta de sufrimiento.

Pero como para el cristiano la sangre derramada es semilla arrojada al campo, ¿qué cosecha recibió como premio el arquetipo de párroco?

«¡Ars ya no es Ars!»

Al atisbar su parroquia por primera vez, San Juan María comentó que en aquel momento había sólo un pequeño número de personas —no más de doscientas treinta—, pero que llegaría el día en que Ars no podría contener la cantidad de peregrinos que acudirían allí. Al final de su vida, esta profecía se cumplió al pie de la letra.

«¡Ars ya no es Ars!»,¹¹ predicaba el P. Vianney desde el ambón. Todo había cambiado: los fieles, la Iglesia, incluso la ciudad en su aspecto material. ¡Qué inmensa transformación llevó a cabo un sacerdote en uno de los pueblos más pequeños de Francia!

Con Cristo, con la gracia ministerial recibida en la ordenación, con una profunda y continua devoción a María Santísima, con una vida santa, un sacerdote es capaz de realizar las obras más extraordinarias, ya sea en la conversión de una parroquia, de un país entero o incluso de toda una sociedad.

Y así se entiende cómo «las buenas costumbres y la salvación de los pueblos dependen de los buenos pastores. Si hay un buen sacerdote al frente de



Sergio Hollmann

Cuerpo incorrupto de San Juan María Vianney - Basílica dedicada a él en Ars-sur-Formans (Francia)

La Señora del Buen Suceso le indica el camino a todo sacerdote fiel: imitar al Cura de Ars, cuyo secreto residía en dar todo de sí

una parroquia, pronto se verán florecer las buenas costumbres, la frecuencia de sacramentos y la oración mental».¹²

El secreto de Vianney

Ahora bien, si el fervor del rebaño depende del pastor, ¿cuál era el secre-

to del más exitoso de los párrocos? He aquí lo que él mismo responde: «Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada».¹³

Este es el epílogo de la gran obra legada por San Juan María Vianney: el secreto del éxito apostólico reside en una intensa vida sobrenatural. Los corazones sólo pueden ser abrasados por el fuego que habita en el sacerdote, las almas darán fruto sólo si son fecundadas por la sangre de su agricultor, el redil tendrá verdes pastos únicamente si su pastor sabe regarlo con el rocío celestial de la gracia.

He ahí el camino de todo sacerdote fiel. Es el camino señalado por Nuestra Señora del Buen Suceso: «Los sacerdotes desde el siglo xx deberán amar con toda su alma a San Juan María Vianney». ¿Y qué significa esto sino que deberán imitarlo? ♣

¹ PEREIRA, OFM, Manuel Souza. *Vida admirable de la Madre Mariana de Jesús Torres y Berriochoa*. Quito: Jesús de la Misericordia, 2008, t. III, p. 129.

² GHÉON, Henri. *El Santo Cura de Ars*. Buenos Aires: Difusión, 1986, p. 75.

³ *Idem*, p. 71.

⁴ *Idem*, pp. 47-48.

⁵ *Idem*, p. 75.

⁶ MONNIN, Alfred. *Esprit du Curé d'Ars. Dans ses catéchismes, ses homélies et sa conversation*. 6.^a ed. Paris: Ch. Douaniol, 1868, pp. 117-120.

⁷ BENEDICTO XVI. *Carta para la convocatoria de un año sacer-*

dotal con ocasión del 150 aniversario del «dies natalis» del Santo Cura de Ars.

⁸ SAN JUAN MARÍA VIANNEY. *Pensamentos escolhidos do Cura d'Ars*. Juiz de Fora: Lar Católico, 1937, p. 37.

⁹ GHÉON, op. cit., pp. 91-92.

¹⁰ Cf. *Idem*, p. 143.

¹¹ *Idem*, p. 55.

¹² SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, apud CHAUTARD, OCSO, Jean-Baptiste. *El alma de todo apostolado*. Sevilla: Apostolado Mariano, 2000, p. 52.

¹³ NODET, apud BENEDICTO XVI, op. cit.

El sacerdocio, antes y después de Cristo

Parecería imposible que hubiera mayor sublimidad que la del sacerdote de la antigua ley: ser el puente entre lo finito y el Infinito, entre el tiempo y el Eterno, entre lo miserable y la Misericordia. Pero las manifestaciones de la dadivosidad divina siempre se superan...

✉ João Pedro Serafim Freitas Pereira



Una de las escenas más contrastantes de la Biblia se convirtió en el telón de fondo de la institución del sacerdocio. Por un lado, Moisés, que había convivido con Dios durante cuarenta días en el Sinaí, recibía las tablas de la ley; por otro, el pueblo hebreo prevaricaba postrándose ante un becerro de oro. Al bajar de su retiro en el monte, el hombre de Dios constató la enorme infidelidad de los descendientes de Abrahán y, tomado de celo, decidió intervenir. «Se plantó a la puerta del campamento y exclamó: “¡A mí los del Señor!”» (Éx 32, 26). Los hijos de Leví se aglomeraron a su alrededor para reparar la honra de Dios ultrajada.

El Señor de los ejércitos, que protege a los que lo defienden y exalta a los que lo vengan, no dejaría de recompensar tal fidelidad. En función de la obediencia de los levitas, los eligió y consagró (cf. Núm 3, 12) para servirle en el Tabernáculo como mediadores suyos ante el pueblo. Por eso, en el reparto de la tierra prometida no recibirían ninguna porción entre sus hermanos, ya que afortunadamente tenían al

Eterno: el Señor mismo sería su heredad (cf. Núm 18, 20).

De la intransigencia frente a la corrupción, se originaba el «clero» del Señor. De hecho, esta palabra procedente del griego —κλῆρος: *klérós*— significa *herencia*.¹ Se trata de la parte del pueblo que sólo tiene al Señor por heredad. Sólo..., como si este término pudiera preceder al nombre de aquel que lo es todo.

Las etimologías de «sacerdote»

Desde ese momento en adelante, la Sagrada Escritura estará aquí y allá

En el antiguo Israel, Dios eligió y consagró a los levitas para que le sirvieran en el Tabernáculo y fueran mediadores suyos ante el pueblo

iluminada por esta palabra de oro: sacerdote. Sin embargo, para comprender lo que se entendía por tal oficio, debemos volcarnos en su sentido profundo en los idiomas del Antiguo Testamento, del Nuevo Testamento y de la Iglesia.

En la Biblia hebrea, el término *kohen* es el que lo designa. Su etimología puede conducir a dos significados que, en parte, describen al levita: si nos remontamos al verbo *kánu*, encontramos el sentido de *inclinarse, prestar homenaje*; si vamos a la raíz trilateral *kwn*, el de *estar de pie*, pues solamente al sacerdote se le otorga comparecer de pie ante Yahvé.²

A su vez, la versión de los Setenta —la primera traducción griega de la Biblia—, adoptó, para la traducción de *kohen*, el término *hiereus*, que contiene la idea de *sagrado*, de lo que pertenece a Dios y no a los hombres. «El *hiereus* es el que tiene la función de cumplir las ceremonias sagradas y especialmente el sacrificio considerado como un servicio público».³

Ya en la lengua de la Iglesia, el latín, se utiliza la palabra *sacerdos*, que

evoca de nuevo el sentido de *cosa sagrada*. El verbo que entra en su composición significa propiamente *colocar sobre cimientos o fundar*; así pues, el sacerdoso tiene la misión de cumplir lo que es sagrado, confiriéndole una base justa.⁴

Consagrados y sagrados

El sacerdocio en cuanto instituido por un mandato divino comenzó en la persona de Aarón, hermano de Moisés, de la tribu de Leví. Hasta entonces, al parecer, las funciones llamadas sacerdotales eran realizadas por los jefes de cada familia, sin que hubiera una clase social específica dedicada a ellas.⁵ En el libro del Éxodo leemos la expresa orden del Señor a Moisés de consagrar una casta sacerdotal: «Haz que, de entre los hijos de Israel, se acerque tu hermano Aarón y sus hijos [...], para que sean mis sacerdotes» (28, 1).

Esta consagración conferida a Aarón y a su descendencia les otorgaba un estado de santidad que los capacitaba a acercarse a Dios durante el culto. Hasta tal punto que, en el mundo hebreo, a los sacerdotes se les denominaba «santificados», personas que ya no pertenecían a lo profano sino a lo sagrado. El propio sumo sacerdote, según prescribía la ley (cf. Éx 28, 36), debía llevar una placa de oro en la que estaba grabado: «Santificado para Yahvé».

De este modo, en el antiguo Israel el sacerdote era elegido primordialmente para el servicio del santuario, que consistía en ofrecer las víctimas sobre el altar, transmitir al pueblo los oráculos divinos, darle instrucción, enseñarle los preceptos de la ley.⁶

Raíz y fin de todos estos deberes, la función principal del levita era ser un mediador entre Dios y el pueblo: «Cuando el sacerdote transmite un oráculo, comunica una respuesta de Dios; cuando da una instrucción [...] y más tarde cuando explica la ley, [...] transmite e interpreta una enseñanza que viene de Dios; cuando lleva al altar la sangre y las carnes de las

víctimas y cuando hace humear el incienso, presenta a Dios las oraciones y las peticiones de los fieles. Repre-

sentante de Dios cerca de los hombres en las dos primeras funciones, representante de los hombres cerca de Dios en la tercera, es en todo caso un intermediario».⁷

Sublimación de lo sublime

Parecería imposible que hubiera mayor sublimidad que la del sacerdote de la antigua ley: ser el puente entre lo finito y el Infinito, entre el tiempo y el Eterno, entre el miserable y la Misericordia. No obstante, Dios le reservaba a la humanidad un sacerdocio aún más elevado. Nuestro Señor Jesucristo vino a la tierra y declaró abolido el antiguo régimen para establecer uno nuevo (cf. Heb 10, 9). El nuevo sacerdote también estaría en un pináculo más elevado.

«Imagínate —exhorta San Juan Crisóstomo—, que tienes ante los ojos al profeta Elías; mira la ingente muchedumbre que lo rodea, las víctimas sobre las piedras, la quietud y silencio absoluto de todos y sólo el profeta que ora; y, de pronto, el fuego que baja del cielo sobre el sacrificio. Todo esto es admirable y nos llena de estupor.

»Trasládate ahora de ahí y contempla lo que entre nosotros se cumple y verás no sólo cosas maravillosas, sino algo que sobrepasa toda admiración. Aquí está en pie el sacerdote, no para hacer bajar fuego del cielo, sino para que descienda el Espíritu Santo, y prolonga largo rato su oración no para que una llama desprendida de lo alto consuma las víctimas, sino para que descienda la gracia sobre el sacrificio y, abrasando las almas de todos los asistentes, las deje más brillantes que plata acrisolada. [...]

»Pues quien atentamente considere qué cosa sea estar un hombre envuelto aún de carne y sangre y poder, no obstante, llegar tan cerca de aquella bienaventurada y purísima naturaleza; ese podrá comprender bien que tan grande sea el honor que la gracia del Espíritu otorgó a los sacerdotes».⁸



Aarón - Iglesia de San Nicolás, Nérac (Francia). En la página anterior, «Aarón en el Tabernáculo», de Gérard Jollain

El sacerdote levita era llamado «santificado», porque pertenecía a lo sagrado; sin embargo, Dios les reservaba a los hombres un sacerdocio más elevado



¿Dónde está la fuente de esa exce-
lencia de los nuevos levitas? En el Sa-
cerdote eterno, que es al mismo tiem-
po la Víctima immaculada y el Altar
del sacrificio, nuestro Señor y Salva-
dor, Jesucristo.

Cristo Sacerdote y el sacerdote de Cristo

«Tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores



Eric Salas

Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús -
Basilica de Nuestra Señora de la
Concepción, Madrid

y encumbrado sobre el cielo. [...] En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre (Heb 7, 26.28).

Palabras tan augustas sobre reali-
dades tan superiores nos dejan mudos
de admiración. Sin embargo, Santo
Tomás de Aquino desafía el silencio
del estupor y canta las verdaderas
maravillas sobre el carácter fontal del
sacerdocio de Cristo, cuando comen-
ta la citada epístola a los hebreos.

El Doctor Angélico⁹ explica que
Jesús, en lo que concierne a la santi-
dad, compendió perfectamente todas
las condiciones exigidas al sacerdote:
fue consagrado a Dios desde el prin-
cipio de su concepción; permaneció
sumamente inocente, ya que no co-
metió pecado; se mantuvo sin man-
cha, aspecto bien simbolizado por el
cordero sin defecto de la antigua ley
(cf. Éx 12, 5); quedó separado de los
pecadores, pues, aunque había vivido
entre ellos, nunca anduvo por los
mismos caminos (cf. Sab 2, 15); por
último, «está sentado a la derecha de
la Majestad en las alturas» (Heb 1, 3),
elevando consigo la naturaleza huma-
na. Es, en suma, la fuente de todo sa-
cerdocio, su cima, su finalidad.

De su sacerdocio quiso hacer
partícipes a algunos elegidos. En
efecto, «sabiendo Jesús que había
llegado su hora de pasar de este
mundo al Padre, habiendo amado a

*«Tal convenía que fuese
nuestro sumo sacerdote:
santo, inocente,
sin mancha, separado
de los pecadores
y encumbrado
sobre el cielo»*

los suyos [...], los amó hasta el ex-
tremo» (Jn 13, 1). Y para demostrar
su bienquerencia, instituyó en el
ocaso de su vida dos grandes sacra-
mentos: la eucaristía, entregándose
en la cena —«Esto es mi cuerpo»
(Lc 22, 19a); y el orden, conces-
diendo a los Apóstoles el poder de
prolongar la presencia sacramental
del Maestro y sus actos sacerdota-
les hasta el fin del mundo —«Haced
esto en memoria mía» (Lc 22, 19b).

Desvelando esta grandeza, el cate-
cismo afirma que «en el servicio ecle-
cial del ministro ordenado es Cristo
mismo quien está presente a su Iglesia
como Cabeza de su cuerpo, Pastor de
su rebaño, Sumo Sacerdote del sacri-
ficio redentor».¹⁰

Santidad: iuna exigencia!

Esta sublime doctrina revela, es
verdad, la altísima dignidad con la
que Dios, nuestro Señor, ha colmado
a los sacerdotes. Pero al mismo tiem-
po, evidencia la inmensa responsa-
bilidad que los ministros ordenados
llevan sobre sus hombros.

«Daos cuenta de lo que hacéis —
clama la Santa Iglesia al sacerdote—
e imitad lo que conmemoráis, de tal
manera que, al celebrar el misterio
de la muerte y resurrección del Se-
ñor, os esforzáis por hacer morir en
vosotros el mal y procuráis caminar
en una vida nueva».¹¹

Vivir una vida nueva. No se trata
de una petición, sino de una exigen-
cia, una obligación de quien tiene las
manos ungidas para el ministerio. Es
una imposición de su excelsa posi-
ción de intermediario y la condición
para que germinen sus labores: «La
santidad de los presbíteros contribuye
poderosamente al cumplimiento
fructuoso del propio ministerio. [...]
Dios prefiere, por ley ordinaria, ma-
nifestar sus maravillas por medio de
quienes, hechos más dóciles al impul-
so y guía del Espíritu Santo, por su
íntima unión con Cristo y su santidad
de vida, pueden decir con el apóstol:

“Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20).¹²

Al consagrar el cuerpo sacramental del Señor, el sacerdote adquiere también un poder directo sobre el Cuerpo Místico de Cristo. Es su deber instruir, santificar y gobernar a los miembros de la Iglesia. Tales obligaciones llevan consigo que tienda siempre hacia la perfección espiritual, hacia el extremo de la unión con el Señor, hacia la cumbre del Calvario.

Dios, sin embargo, se convierte en el omnipotente Cireneo de sus ministros y dispone de las gracias más excelentes para auxiliarlos. La gracia santiificante, por ejemplo, que el sacramento del orden aumenta *ex opere operato* en el presbítero, «es como el último toque que asemeja el alma a Cristo». ¹³ La gracia sacramental, además, «implica un aumento de todas aquellas virtudes y aquellos dones que podríamos llamar profesionales: los dones de la piedad y la virtud de la religión, para ofrecer dignamente el sacrificio; el don de la sabiduría, para instruir; la virtud de la prudencia, para gobernar». ¹⁴

Si es cierto, en este sentido, que la existencia del sacerdote fiel se asemeja a un crisol continuo de santidad, también es verdad que con ello se hace digno de ser «ciborio vivo de la divinidad». ¹⁵



Leandro Souza

Celebración de la santa misa en la casa Lumen Prophetæ - Franco da Rocha (Brasil)

Los sacerdotes de la nueva ley actúan en la persona del Señor: no están ante el Altísimo, es el Altísimo quien está en ellos

¹ Cf. DANKER, Frederick William. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*. 3.^a ed. Chicago: University of Chicago, 2000, p. 548.

² Cf. DE VAUX, Roland. *Instituciones del Antiguo Testamento*. 2.^a ed. Barcelona: Herder, 1976, pp. 449-450.

³ AUNEAU, Joseph. *El sacerdocio en la Biblia*. Estella: Verbo Divino, 1990, p. 10.

⁴ Cf. *Idem, ibidem*.

⁵ Cf. COLUNGA, OP, Alberto; GARCÍA CORDERO, OP, Maximiliano. *Biblia comentada. Pentateuco*. Madrid: BAC, 1960, t. I, p. 663.

⁶ Cf. DE VAUX, op. cit., pp. 453; 458.

⁷ *Idem*, p. 462.

⁸ SAN JUAN CRISÓSTOMO. «Tratado sobre el sacerdocio». L. 3,

n.^{os} 4-5. In: *Obras*. Madrid: BAC, 2011, t. III, pp. 646-647.

⁹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. «Commento alla Lettera agli Ebrei», c. vii. In: *Commento al Corpus Paulinum. Bologna*: Studio Domenicano, 2008, t. VI, pp. 375-377.

¹⁰ CCE 1548.

¹¹ PONTIFICAL ROMANO. *Rito de la ordenación de presbíte-*

Largo ha sido el camino recorrido en este artículo: desde Moisés hasta nuestros días, casi treinta y cinco siglos. Pero la ventaja de hacer en un corto espacio de tiempo un gran viaje es la de abarcar de un solo vistazo el inmenso desarrollo histórico de la gracia sacerdotal.

El pueblo elegido de la antigua alianza acudía a los levitas para que presentaran a Yahvé sacrificios de expiación por sus pecados.

En el Nuevo y Eterno Testamento, no obstante, el ministro ordenado tiene el poder de renovar cada día el sumo, perfectísimo y prefigurado sacrificio de la cruz.

En la sinagoga, los israelitas buscaban a los hijos de Leví para escuchar los oráculos divinos. En la Iglesia, los sacerdotes de Cristo, con una palabra, obran los mayores milagros: resucitan, por medio del sacramento de la reconciliación, a las almas muertas por el pecado; transubstancian el pan y el vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Salvador.

Los sacerdotes de la antigua ley comparecían de pie ante el Señor. Los pontífices de la nueva ley actúan *in persona Christi*, en la divina persona del Señor mismo. No están ante el Altísimo, es el Altísimo quien está en ellos. ♦

ros. Madrid: Libros Litúrgicos, 2012, [s.p.]

¹² CONCILIO VATICANO II. *Presbyterorum ordinis*, n.^o 12.

¹³ Cf. PIOLANTI, Antonio, apud BARTMANN, Bernardo. *Teología Dogmática*. São Paulo: Paulinas, 1964, t. III, p. 381.

¹⁴ *Idem, ibidem*.

¹⁵ *Idem, ibidem*.



Entre la vulnerabilidad humana y la fuerza divina

Así como la luz de la llama corusca en la vela, así la gracia divina se posa en las almas escogidas de los sacerdotes, a pesar de la defectibilidad humana.

↳ **Plinio Corrêa de Oliveira**

Cuando todavía era un chiquillo me daba cuenta, tal vez por discernimiento de los espíritus, de algo muy elevado, muy hermoso, pero no sabía cómo expresarlo con palabras. Sólo más tarde, una vez que mi espíritu había progresado, esa expli- citud tomó cuerpo. Notaba que había una distinción entre la Iglesia y sus miembros. ¿Por qué?

Una como que doble personalidad

Sumamente respetuoso con el clero, me decía a mí mismo que yo era el hom-

bre más clerical del mundo y eso me alegraba. Así, a fuerza de convivir con sacerdotes, llegué a percibir que había en ellos, en el buen sentido de la palabra, una especie de doble personalidad.

Una era el individuo humano; podía ser un buen hombre, honesto, pero un hombre como los demás. Luego existía otro elemento, vinculado a él como la llama a la vela. Una no se confunde con la otra: la llama vive de la vela, y la vela vive para la llama; sin embargo, una cosa es la llama y otra, la vela.

Ese elemento, ese principio, esa fuerza superior al clérigo como hombre moldeaba sus actitudes, pensamientos y reflexiones, llevándolo a hacer todas las cosas muy bien, en la acepción mo-

ral de la palabra, mejor de lo que suelen hacer el común de las personas.

Aspectos humanos reprobables

Había, por ejemplo, un sacerdote con el que, por necesidad de apostolado, hice algunos viajes en coche a Río de Janeiro. Observaba en él ciertos aspectos humanos que podían ser mejores y otros, inmejorables. Se trata de dos principios distintos que actuaban en el sacerdote.

En aquella época, los clérigos usaban un sombrero propio, totalmente redondo, generalmente de fieltro negro y con ala también redonda. Ningún sacerdote se atrevía a salir a la calle sin sombrero, y nunca lo hacía llevando un sombrero civil.

Cuando salimos de São Paulo y empezamos a entrar en los suburbios, de repente veo que saca de una cajita una gorra, de esas de mecánico norteamericano, una especie de gorro blandengue de fieltro verde oscuro, y se lo pone en la cabeza. Le pasó el sombrero al chofer —que ya sabía dónde guardararlo, lo cual significaba esconderlo—, mostrando una tendencia a disimular el hecho de que era sacerdote.

Me pareció inexplicable que un eclesiástico, considerado uno de los más

Hay en el sacerdote una especie de doble personalidad: el individuo humano y un elemento superior, vinculado a él como la llama a la vela



respetables de São Paulo, manifestara cierto deseo de no ser sacerdote. Estaría tentado a dejar de serlo si pudiera. Esto me causó una mala impresión.

En el primer viaje a Río de Janeiro que hice con ese clérigo y otro congregante mariano de la iglesia de Santa Cecilia, nos avisó que tenía una reunión agendada en un restaurante con un sacerdote de otro estado de Brasil y que podíamos asistir a la conversación. Nos presentó, nos saludamos y nos sentamos. En seguida vino el camarero, tomó los pedidos y se fue. Entonces el sacerdote le dijo:

—Fulano, oye, ¿te has enterado de la última?

Y él le respondió muy interesado:

—No. ¿De qué se trata?

—Don Mengano de Tal —un obispo— le envió un mensaje a D. Zutano para decirle que no está de acuerdo con D. Perengano...

¡Un auténtico politiquero!... No había quien lo siguiera. Sin embargo, él estaba atentísimo. Me di cuenta de lo mucho que ese sacerdote conocía todo ese politiquero y lo devoraba con interés. Ése era el motivo del encuentro: el otro sacerdote tenía más información, así que iba a transmitírsela.

El asunto duró desde el principio hasta el final de la comida, sin que pudiéramos decir ni una palabra. Es comprensible que al formar parte de la mesa lo natural hubiera sido que nos preguntara: «¿Qué estás estudiando? ¿Qué curso estás haciendo? ¿Cuántos años llevas como congregante mariano?». Preguntas hechas con el objetivo de introducir a una persona en la conversación. Nada.

Terminó la comida, nos levantamos. ¡Qué alivio!

Consideración por la dignidad sacerdotal

En sentido opuesto, durante el camino tuvimos que entrar en otro hotel para comer, porque la carretera de São Paulo-Río de Janeiro estaba muy mal en aquella época y el viaje duraba mucho tiempo.



Leandro Souza

Ordenación sacerdotal en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

Pese a los defectos de su propia naturaleza, el sacerdote brilla de un modo especial cuando resplandece la luz divina que lo habita

En el comedor del hotel solían haber grupos de personas con un sacerdote. Normalmente se trataba de una boda realizada por la mañana o por la tarde, y el celebrante había sido invitado a participar en la fiesta. Entonces comparecería presidiendo la mesa. Estas celebraciones eran una especie de banquetes y tardaban mucho en terminar. Nuestra comida era sumaria y, por tanto, la mayoría de las veces terminábamos antes.

Él, con toda reverencia, hacía la señal de la cruz y rezaba para concluir la comida, después iba a la mesa del otro sacerdote —a menudo eran cléri-

gos más jóvenes, y él era un hombre de más de 50 años—, lo saludaba amablemente, le decía su nombre, le preguntaba cómo se llamaba. Todo ello hecho con tanto respeto, gentileza y delicadeza que se percibía su consideración por el sacerdocio.

Dualidad de principios

Se trataba de dos elementos diferentes, uno de los cuales provenía de cierto principio ajeno a su psicología. Si no fuera por una gracia, no actuaría así. Era como una lámpara que se enciende: una cosa es la lámpara apagada y otra cuando está encendida.

Existía, pues, un principio, como una bombilla que se encendía o se apagaba, como una luz que lo habitaba, pero que no era él, la cual le daba un resplandor personal mucho mayor de lo habitual.

Una vez detuve el automóvil frente a la casa de ese sacerdote, en cuyo piso superior se encontraba el dormitorio, el cual daba acceso al jardín y a la calle. Había una celosía en lugar de persiana, para que entrara el aire, de modo que era posible ver el interior de la habitación. Estaba vestido de sota-



na, muy correcto, preparando la cama para dormir.

Sin embargo, por la manera como ponía orden, la «lámpara» se apagaba... Se paraba, meditaba cuál sería la mejor posición para la manta, para la almohada. Había mil y una pequeñas comodidades que lo preocupaban mucho, y él mismo decidía cómo arreglar la cama, para meterse luego en ella, como quien resuelve una ecuación de álgebra.

Por otra parte, en esta actitud se veía una inocencia de alma, la ausencia de pensamientos inconvenientes. Era un sacerdote.

Esto me llevaba a percibir una dualidad de principios existentes en el mismo eclesiástico.

Amor total a la Santa Iglesia

En consecuencia, surgió en mi mente una especie de raciocinio que no explicité enseguida, pero que funcionó como si lo hubiera explicitado.

Considerando al sacerdote A, B, C o X, veo que todos tienen ese mismo principio actuando en ellos y haciendo que sus cualidades estén siempre orientadas en la misma dirección, de modo que cuando obedecen a esto surge una verdadera maravilla. No obstante, existen otros puntos en los que se relajan, no obedecen, no hacen las cosas correctamente y dan lugar a algo insignificante.

Por lo tanto, hay una dualidad. Pero no es suficiente tal conclusión. Después de haber examinado y visto la presencia de esta dualidad, debo reconocer que el principio existente en cada uno de ellos es el mismo que actúa en los otros, distinto y superior a su persona, una verdadera maravilla, y que es el alma de la Iglesia Católica. De ahí la admiración sin nombre ni límite para con la Santa Iglesia.

En otras palabras, ese principio es Dios, es la gracia divina dada a las almas, la cual influye, actúa y obra maravillas.

Luego, amar ese principio era como amar a una súper persona, que no era ninguno de aquellos sacerdotes. No

sabía decir que era Dios, la gracia; no tenía suficiente instrucción religiosa para eso.

En consecuencia, tuve un amor, a bien decir, total por la Iglesia Católica, porque la conclusión a la que llegué inmediatamente después era evidente: sólo la Iglesia tiene valor, donde entra la savia de la Iglesia se produce todo lo más excelente, más magnífico, más bello, justo, razonable; donde no entra, acaba saliendo la peor inmundicia.

Así pues, la solución para todo en el mundo es que ese elemento, esa alma de la Iglesia esté presente y que se le facilite su acción de todas las maneras posibles.

Anhelando la victoria de la gracia

No notaba —porque aplicaba tales razonamientos a los sacerdotes y a las monjas, y no a los laicos— que el principio por el cual percibía eso era el mismo que había en el sacerdote y en todos los fieles.

Era la gracia, el divino Espíritu Santo que actuaba sobre la Iglesia, su templo, sobre mí y sobre aquellos imbuidos del impulso católico, del instinto católico.

Sin embargo, reflexionaba sobre el objetivo hacia el cual me encaminaba totalmente y mi único anhelo era la victoria de ese principio sobre todas las cosas malas que existen en el mundo. El resto no me interesaba.

La Iglesia Católica enseña que la gracia de Dios es un don, una participación creada en su vida increada y, por tanto, vivimos de la vida de nuestro Creador. Es ese impulso el que nos lleva hacia eso. ♦



El Dr. Plinio en 1990

*Amar ese principio
es como amar a
una súper persona:
la Santa Iglesia
Católica, cuya savia
produce todo lo más
excelente y bello*

Fragmento de: *Conferencia*.
São Paulo, 31/12/1994.

EL SACRIFICIO INDISPENSABLE

No cualquier persona puede desempeñar el duro oficio de pescador de perlas. Las complejas fuerzas son capaces de soportar la presión del agua y las agresiones de los pulpos, para descender al fondo del océano y recoger allí la perla blanquísima que buscan. Pero los organismos débiles se sienten asfixiados en cuanto se adentran un poco más en las verdes aguas del océano, y se ven forzados a retroceder con las manos vacías, para respirar la brisa amena y regresar a la presión tenue lejos de las cuales son incapaces de vivir.

Es lo que ocurre, también, en el mundo espiritual. Hay ciertas almas capaces de descender a las profundidades de los más serios pensamientos, adonde van a buscar la perla inestimable de la verdad. Otras, sin embargo, se sienten asfixiadas en cuanto las ideas se vuelven un poco más densas, y retroceden inmediatamente, con las manos vacías, a esa banalidad estéril que es el único ambiente que logran soportar.

Sacrificio del alma que se purifica por la práctica de la virtud

El gran sentido de la vocación de esta generación que actualmente ha alcanzado la juventud es el sacrificio.

O esta generación afronta la dureza de su vocación con la generosidad del martirio, o bien será inevitablemente devorada por las tormentas que las generaciones anteriores han acumulado con sus errores, y que están a punto de precipitarse sobre el mundo contemporáneo.

Pero el sacrificio requerido no es el de sangre. No es la muerte lo que la gracia le impone al joven de hoy como peligro supremo que debe afrontar, sino su vida misma. Ya no es tiempo de que los creyentes atestigüen su fe mediante el testimonio sangriento del martirio. Lo que la Iglesia les pide hoy a sus fieles es el testimonio de una vida ejemplar y el sacrificio generoso de toda nuestra personalidad a la gran causa por la que es menester luchar.

Ese sacrificio es el sacrificio de los bienes temporales. Es el sacrificio del tiempo que se emplea en el

apostolado, cuando podría utilizarse en perseguir el dinero. Es el sacrificio de actitudes que se adoptan para salvar almas, a costa de la reputación social, de las relaciones familiares o amistosas más queridas, de las simpatías máspreciadas.

Pero, sobre todo, ese sacrificio es el del alma que se purifica por la práctica de la virtud, que se inmola en el sufrimiento interior, que sube espontáneamente al altar de las pruebas espirituales más dolorosas, con aquella magnánima resolución con que los primeros cristianos caminaban hacia el martirio. Porque el mundo actual ha sido perdido por el pecado, y sólo puede ser rescatado por la virtud. Pues de nada vale la más útil de las obras de apostolado a los ojos de Dios cuando el apóstol lleva en su alma ese mismo espíritu del mundo, que combate con sus acciones.

El sacerdocio, la vocación por excelencia para el sacrificio

Esto es precisamente lo que el mundo no quiere entender, y a esta incomprendión atribuyo el pequeño número de vocaciones entre nosotros.

La vocación sacerdotal es, por excelencia, la vocación al sacrificio. En primer lugar, es toda la ambición humana lo que se sacrifica, mediante la humildad voluntariamente abrazada, y que es inseparable del estado sacerdotal.

En segundo lugar, la santidad es lo que se tiene en cuenta. Y quien dice santidad, dice el sacrificio completo de toda la felicidad que el mundo puede dar, a través de su sistemática adulación de los sentidos, a través de su loca exaltación de la concupiscencia y del orgullo de la vida.

Y en tercer lugar, el sacrificio supremo, en el que el sacerdote ya no inmola a la justicia de Dios sólo su propia persona, sino al propio Hijo de Dios, hecho hombre para rescatar los pecados del mundo. *

Extraído de: *O Legionário*.
São Paulo. Año IX. N.º 173.
(9 jun, 1935); p. 5.

En función del altar

En tiempos especialmente revueltos, algunos fueron capaces de desafiar a la muerte para defender el Templo y purificar el altar. Y nosotros, teniendo siempre a nuestra disposición en las iglesias al Santísimo Sacramento... ¿cómo actuamos?

▷ P. Alex Barbosa de Brito, EP



En su primera epístola, San Juan afirma que «tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre» (5, 7-8). Y cada uno de ellos corresponde a una de las tres maneras de entrar en el Cielo: por el bautismo de deseo, fruto del Espíritu Santo; por el bautismo de sangre, que es el martirio; y por el modo ordinario, el bautismo de agua.

De esos tres testimonios, el de la sangre ocupa un lugar especial, pues para que alguien venza su propio instinto de conservación y desafie a la muerte por amor de Nuestro Señor

Jesucristo y a la religión —aunque no llegue a morir realmente— es necesaria una gracia muy particular.

Sin embargo, un alma que no viva siempre *en función de* Dios y de la Iglesia, difícilmente, en el momento de la amenaza, logrará responder a una gracia tan insigne. Una ojeada a las páginas de la Sagrada Escritura nos servirá de guía para meditar esta verdad.

Tiranía de Antíoco Epífano

Entre las innumerables hazañas contenidas en los dos libros de los Macabeos, quizá ninguna nos cause tanta admiración como la purificación del Templo y la reconstrucción del altar

de los holocaustos. El episodio, narrado en el primer libro, tiene lugar aproximadamente 175 años antes de

*La persecución
desatada por Antíoco,
que llegó a profanar
el Templo, llevó
a los Macabeos
a sublevarse
contra el tirano*

CNG (CC by-sa 2.5)



Efigie de Antíoco IV Epífano;
a la derecha, Judas Macabeo
comanda el ejército de Israel -
Grabado de Gustave Doré (editado)



Archivo Revista

la venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo.

Sucedío que, muchos años después de la muerte de Alejandro Magno, el rey Antíoco IV Epífanés, apodado por el autor sagrado como «vástago perverso» (1 Mac 1, 10), invadió y conquistó Jerusalén, acarreándole al pueblo hebreo, depositario de las promesas divinas, días de gran persecución. Ahora bien, según las Escrituras, tal calamidad fue también consecuencia de la infidelidad de los propios judíos, algunos de los cuales habían seducido a sus correligionarios a que adoptaran costumbres paganas, alejándose de los preceptos de la ley.

Sería demasiado largo exponer en este artículo todas las abominaciones cometidas entonces. Baste decir que, como castigo, el Señor entregó en manos del malvado Antíoco el mayor orgullo de los judíos, signo de la alianza que Él mantenía con su pueblo: el Templo de Jerusalén.

El tirano «entró con arrogancia en el santuario, robó el altar de oro, el candelabro y todos sus accesorios, la mesa de los panes presentados, las copas para la libación, las fuentes y los incensarios de oro, la cortina y las coronas. Y arrancó todo el decorado de oro de la fachada del templo; se incató también de la plata y el oro, la vajilla de valor y los tesoros escondidos que encontró, y se lo llevó todo a su tierra, después de verter mucha sangre y de proferir fanfarronadas increíbles. Un lamento por Israel se oyó en todo el país» (1 Mac 1, 21-25).

Sin embargo, la persecución no se detuvo ahí. Al igual que los otros pueblos sometidos al dominio de Antíoco, los judíos debían, por decreto real, adoptar la religión idólatra de los paga-



Archivo Revista

Matatías imparte justicia contra un judío apóstata -
Grabado de Gustave Doré (editado)

*Aquel puñado de
almas fieles venció
tanto a los enemigos
internos como a los
peligros externos,
y reconquistó la
Ciudad Santa*

nos, siendo la muerte el castigo por la desobediencia. Muchos cedieron, pero algunos resistieron. Y aquí es donde entran en escena Matatías y sus hijos.

La insurrección de las almas fieles

Matatías era un sacerdote respetado de la familia de Joarib y residía en

Modín, una ciudad situada a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Jerusalén. Los emisarios del rey llegaron allí con órdenes de obligar a los habitantes de la región a sacrificar a los ídolos.

La insurrección de Matatías —quien, «enardecido de celo» y «dejándose llevar por una justa indignación» (1 Mac 2, 24), mató con sus propias manos tanto al emisario real como al primer judío de aquel lugar que quiso apostatar de la verdadera religión— forma parte de las páginas que todo católico debería leer en las Escrituras y es el hito con el que comienza la lucha de los Macabeos en busca de la liberación de su pueblo.

Desterrados de sus aldeas, refugiados en desiertos, organizados en bandos o incluso en ejércitos, la epopeya de los hermanos Macabeos y su resistencia armada contra la persecución de los impíos

se vio coronada por el éxito. Respecto a Judas, que asumió el mando de las tropas de Israel después de la muerte de Matatías, las Escrituras dicen:

«Fue un león con sus hazañas, un cachorro que ruge por la presa. Rasgó y persiguió a los apóstatas, quemó a los agitadores del pueblo. Por miedo a Judas, los apóstatas se acobardaron, los malhechores quedaron consternados; y por él se consiguió la liberación. Hizo sufrir a muchos reyes, alegró a Jacob con sus hazañas, su recuerdo será siempre bendito» (1 Mac 3, 4-7).

Poco a poco, aquel puñado de almas fieles venció tanto a los enemigos internos como a los peligros externos, y reconquistó Jerusalén, la Ciudad Santa.

Victoria y purificación del Templo

Tras la victoria definitiva sobre los paganos, el texto sagrado dice que Ju-



«Jesús expulsa a los mercaderes del Templo», de Augusto Jernberg - Museo de Arte de Gotemburgo (Suecia)

das y sus hermanos subieron al monte Sion y allí «vieron el santuario desolado, el altar profanado, las puertas quemadas, la maleza crecida en los atrios como en un bosque o en un monte cualquiera, y las dependencias derruidas» (1 Mac 4, 38).

Profundamente consternados, se dispusieron a purificar el Templo y a volver a consagrarlo, eligiendo para ello a «sacerdotes irreprochables, observantes de la ley» (1 Mac 4, 42). Reformaron todo el santuario, proporcionaron los vasos sagrados y mobiliario para el culto, construyeron un nuevo altar de los holocaustos y ofrecieron allí sacrificios.

Las conmemoraciones de la dedicación del altar se prolongaron durante ocho días y «en todo el pueblo reinó una inmensa alegría» (1 Mac 4, 58).

Un símbolo de la unión con Dios

Estos acontecimientos unieron tanto a aquellos hombres y mujeres que, por inspiración divina, Judas decretó que todos los años se celebrara la fecha de ese día, en memoria de la purificación del Templo y de la reconstrucción del altar. De este modo, sellaron su deseo unánime de vivir en función del Señor.

Es agradable ver que su primera preocupación no fue la de celebrar la

victoria, sino el ocuparse del Templo que había sido profanado. ¿Y eso por qué? Porque sus vidas giraban en torno a aquello que era el símbolo de su unión con Dios: el altar.

Y hay aquí una valiosa lección para nosotros. Antes habíamos hecho mención al testimonio de sangre, una gracia insigne. Pues bien, la mejor manera de ser fieles en el momento en que ese testimonio se vuelva necesario —como hicieron los hermanos Macabeos— es vivir ahora y en todo momento en función del altar.

Que nuestro corazón esté siempre en Dios

Trasladémonos ahora a otro pasaje de las Escrituras y analicemos la escena en la que Nuestro Señor Jesucristo, muchos años después, entra en ese mismo Templo restaurado por los Macabeos (cf. Mc 11, 15-18; Mt 21, 12-13; Lc 19, 45-46). ¿Y qué encuentra allí? Gente intercambiando dinero, vendiendo y comprando mercancías diversas... En definitiva, personas que no viven en función del altar, sino de sus propios egoísmos. A éstas, el Señor las trata con severidad, diciendo: «Mi casa será casa de oración, pero vosotros la habéis hecho una cueva de

¿Somos como Judas Macabeo y los suyos, que vivían en torno al altar, o como los que, por egoísmo, profanaron el Templo?

bandidos» (Mt 21, 13). Y a continuación viene la escena de la expulsión, tan conocida por todos.

Comparando esta escena evangélica con la narrada en el primer Libro de los Macabeos, podríamos preguntarnos cuál de ellas tiene mayor similitud con nuestra realidad personal.

Hoy, ¿cuántos lugares de culto a Dios tenemos a nuestra disposición? ¿Con qué facilidad podemos entrar en una iglesia para rezar? ¿Con qué prodigalidad cumple el Salvador su promesa de estar con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 20), encerrándose pacientemente en miles de sagrarios a lo largo y ancho de la tierra? Sin embargo, ¿cómo nos comportamos al respecto? ¿Como Judas Macabeo y los suyos, que vivían al servicio del altar, o como los judíos del tiempo de Nuestro Señor, que decidieron despreciar el Templo y, a menudo incluso mancillándolo, dedicarse a su propio egoísmo?

Es una pregunta dura, pero necesaria. Porque existe en extremo una profanación, y también el proceso que conduce a ella. Y el proceso empieza cuando nos olvidamos del altar y comenzamos a vivir desconectados de él.

Que estas consideraciones nos sirvan para examinar nuestra conciencia y formular el firme propósito de tener nuestros corazones siempre vueltos hacia Dios, la Iglesia y la vida de la gracia, seguros de que lo demás nos será dado por añadidura (cf. Lc 12, 31). ♣



La misa de un mal sacerdote, ¿tiene algún valor?

Podríamos traducir el título de arriba con una formulación más sencilla: ¿un buen cañón funciona en manos de un mal soldado? O bien: ¿de qué sirve un cañón si lo utilizan los enemigos? Sabemos que, por muy inepto que sea el artillero, un buen cañón no pierde su calidad, aunque su precisión se vea mermada... Si, por un lado, esto es reconfortante, por otro, se revela sumamente alarmante ante la posibilidad de que esa eficacia se vuelva contra el propio ejército a través de un traidor.

Dejemos la metáfora y adentrémonos en el tema propuesto: ¿qué valor tiene, si es que lo tiene, la misa celebrada por un sacerdote infiel?

En primer lugar, la evidencia confirma que todo lo que hace un sacerdote virtuoso es mejor que lo que proviene de un ministro indigno. Hay que saber si incluso la misa obedece a tal constatación.

Considerada en sí misma, enseña el Doctor Angélico, la misa tiene un valor intrínseco que es independiente de la santidad del celebrante. Así que, vista desde este aspecto, la misa de un mal sacerdote no vale menos que la del bueno, pues «uno y otro consagran el mismo sacramento» (*Suma Teológica*. III, q. 82, a. 6). Como el sacerdote actúa *in persona Christi*, bien por las manos de un santo, bien por las de un impío, la Pasión del Señor siempre se renovará de modo incruento en la santa misa, con sus méritos infinitos, y el Padre celestial será glorificado.

Pero ocurre que en la misa también hay oraciones que el ministro eleva a Dios por los fieles, vivos o difuntos. Y su eficacia, sí, dependen del fervor y de la santidad de quien celebra. Según el Aquinate, en este caso «no hay duda de que la misa de un sacerdote mejor es más fructuosa» (a. 6). En cuanto al ministro infiel, se le aplican las palabras de las Escrituras: «Hasta su oración será aborrecible» (Prov 28, 9).

Por lo tanto, si realmente queremos beneficiarnos de todos los frutos del santo sacrificio, la elección entre asis-

tir a la misa de un buen sacerdote o a la de uno malo no es tan indiferente como un análisis superficial, aunque basado en una sólida teología, podría insinuar.

Queda el problema del «soldado traidor»... ¿Puede un cañón apuntado contra su propio ejército ser eficientemente dañino para éste?

Como nadie más, el sacerdote malo es capaz de ofender al Hombre-Dios en la eucaristía. Solo él, ministro válidamente ordenado, puede asumir ese nefario papel de verdugo de la divinidad, obligando al Rey eterno a bajar del Cielo para ser insultado, pisoteado y ultrajado.

No obstante, por paradójico que parezca, debido al valor intrínseco del santo sacrificio, incluso una misa celebrada con el propósito de ultrajar a Dios ¡lo glorifica!

Santo Tomás explica por qué el Señor permite que los malos sacerdotes tengan el poder de consagrarse: «Esto pone de relieve la excelencia de Cristo, al que sirven, como a Dios verdadero, no sólo las cosas buenas, sino también las malas, a las que su providencia conduce a la propia gloria» (a. 5). Sin embargo, no por ello el sacerdote sacrílego deja de ser reo de un pecado gravísimo.

En resumen, el cañón, para retomar la metáfora inicial, será de excelente eficacia siempre que se le dispare, y los objetivos primordiales se alcanzará siempre. Pero ¡cuántas otras maravillas no podrá realizar si se le utiliza bien!... ♦



La misa tiene un valor intrínseco, independientemente de quién la celebre

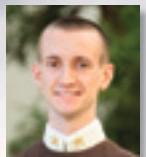
Misa de San Gregorio Magno - Museo del Convento de Santa Catalina, Utrecht (Países Bajos)



Abandono completo a la voluntad divina

Durante los terribles sufrimientos en territorio ruso fue cuando pudo realizar todo el apostolado que deseaba. Eran los designios de Dios para él, que se cumplieron como menos se lo esperaba.

⇒ Guilherme Thiago Motta



Sabemos que el itinerario de la vida humana no se compone solamente, ni sobre todo, de alegrías y de placeres, sino que a menudo se ve salpicado por sufrimientos indecibles y por situaciones desastrosas, que chocan con sus propias aspiraciones...

¿Cómo conformarnos con la voluntad divina en tales circunstancias? La historia de un sacerdote polaco, el P. Walter Joseph Ciszek, SJ, nos ofrece un admirable testimonio espiritual al respecto.

«Dios me quiere en Rusia»

Originario de una familia polaca, Walter Ciszek nació en Estados Unidos en 1904 y, a la edad de 24 años, ingresó en la Compañía de Jesús.

Un año después de su entrada en la orden, se enteró de una convocatoria de Pío XI en la que se pedían voluntarios para el Collegium Russicum de Roma, que estaba destinado a preparar a jóvenes clérigos para el apostolado en la tierra de los zares. Nada más oír la solicitud del pontífice, sintió la llamada de Dios en su interior y, tras comunicarle a su superior tal anhelo y obtener su aquiescencia, partió hacia la Ciudad Eterna.

Durante sus estudios en Roma, Walter aprendió incluso a celebrar la

misa en rito bizantino. Sin embargo, después de su ordenación sacerdotal en 1937, tuvo una de las mayores decepciones de su vida: en aquel momento era imposible enviar apóstoles a Rusia. De modo que lo destinaron a una misión de rito oriental a la entonces ciudad polaca de Albertyn.¹

Pese a las contrariedades con respecto del plan original, aún quedaban esperanzas en el corazón del joven jesuita. «Ni siquiera entonces —afirmaría—, dudé de que era voluntad de Dios que algún día viviera en Rusia».²

Las perplejidades de la vida

El tiempo parecía transcurrir sin mayores preocupaciones en Albertyn hasta septiembre de 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. El ejército alemán tomó enseguida Varsovia y la Unión Soviética, que se había ido apoderando del este de Polonia, no tardó en llegar a la ciudad donde el P. Ciszek desempeñaba su apostolado.

De cara a la persecución y las tribulaciones por las que pasaban los fieles, incesantes preguntas invadían su pensamiento: ¿Cómo podía Dios tolerar tales calamidades? ¿Por qué no permitía al menos que su rebaño fuera apacentado y consolado en medio de aquella desgracia? ¿Qué esperaba

el Señor, habiendo consentido que sucediera todo eso, del pueblo sencillo y humilde de Albertyn?

Ante aquella hecatombe, comprendió una importante verdad: cuando vivimos la tranquila rutina de cada día, nos sentimos seguros y nos acomodamos en este mundo, buscando en él nuestro sustento físico y moral; y poco a poco nos olvidamos de que éste es concedido por la Providencia divina. Como resultado, sólo nos acordamos de nuestro Padre celestial y lo buscamos en situaciones de crisis, «muchas veces como niños quejumbrosos y protestones».³

Ahora bien, Dios no es, ni puede serlo, autor o causa del mal y del pecado. Pero a menudo se vale de tragedias para recordarle a nuestra naturaleza caída su presencia y su amor por nosotros. Por eso hemos de concienciarnos de que todo lo que nos sucede está, de hecho, permitido por la Providencia.

¿Cómo discernir la voluntad divina?

Una noche, fue al encuentro del P. Ciszek un gran amigo y antiguo compañero de clase, el P. Makar, para hacerle una invitación. Pretendía averiguar qué posibilidades había de ir a Rusia, dado que planeaban cancelar

las misiones en Albertyn. Los soviéticos estaban contratando obreros para las fábricas comunistas, y su idea era la de aprovechar la ocasión y alistarse en esos grupos. La euforia del P. Ciszek era enorme. Después de todo, la misión que había soñado se dibujaba en el horizonte.

No obstante, a la mañana siguiente le asaltaron dudas que turbaban su espíritu: «¿No estaría limitándome a seguir mis propios deseos, considerándolos la voluntad de Dios en mi vida?»,⁴ pensaba. Sobre todo, le atormentaba la idea de que estuviera abandonando a sus feligreses de Albertyn. Al fin y al cabo, aunque la misión de rito oriental se encontrara a punto de clausurarse, la parroquia latina se mantenía.

Su corazón vacilaba. Cuando se proponía quedarse en Polonia, se inquietaba, a pesar de rezarle a Dios; cuando optaba por marcharse a Rusia, entonces se calmaba. En esos momentos comprendió, de forma sensible, una verdad consagrada en la espiritualidad católica: «Que la voluntad de Dios se puede discernir por los frutos espirituales que trae consigo; que la paz del alma y la alegría del corazón son dos de esas señales, siempre que surjan de un total compromiso, de una plena y exclusiva apertura a Dios, y no residan en los propios deseos».⁵

Así que decidió partir sin más dilación.

«Toma tu cruz y ségueme»

Todo parecía ir sobre ruedas... Sin embargo, cuando llegaron a Rusia se encontraron con una situación muy diferente a la que habían imaginado. El alojamiento era precario, el trabajo, arduo y el salario, mezquino. Pero todo esto habría sido soportable si no se le hubiera sumado una realidad mucho más preocupante: en parte por miedo al gobierno, en parte por tibieza, la gente que vivía allí no quería hablar de Dios ni de la religión, y mucho menos les interesaba practicarla.

El plan de apostolado que tanto habían anhelado llevar a cabo se desmoronó en unos instantes. Sólo con gran dificultad podían celebrar la misa, y lo hacían bosque adentro, porque estaba expresamente prohibido por el gobierno. La decepción dio paso a la desilusión, y ésta a un terrible desánimo.

La acedia es uno de los peores males que pueden aquejar a un alma, porque la lleva a desconfiar y alejarse de Dios. El P. Ciszek lo explica bien: «Existe la tentación de decir: "Esta vida no es la que yo pensaba. No es lo que tenía previsto. Ni es, desde luego, lo que deseaba. De haberlo sabido, jamás lo habría elegido, jamás habría hecho esta promesa. Perdóname, Dios mío, pero no quiero cumplir mi palabra"».⁶

El sufrimiento se revela como signo distintivo de todo católico: «Si alguien quiere venir en pos de mí, que se

niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Lc 9, 23). Es necesario, pues, cumplir la voluntad del Señor, pero no falsamente, según nuestros criterios y nuestra imaginación.

La oración: única solución

El 22 de junio de 1941, Alemania le declaró la guerra a Rusia. Esa misma noche, la policía secreta se dirigió a los barracones donde vivían los trabajadores del maderero para arrestarlos. Entre ellos se encontraban el P. Ciszek y sus dos amigos sacerdotes, todos ellos declarados sospechosos de espionaje.

El misionero experimentaría ahora innumerables dificultades: la escasez de alimentos, la repugnante inmundicia de la prisión, la sensación de desamparo. Pero lo peor estaba aún por venir. Trasladado a la temida cárcel de Lubianka, de Moscú, por ser considerado agente del Vaticano, el sacerdote tuvo que soportar la reclusión en una pequeña celda, donde debía pasar todo el día de pie, sometido a una terrible soledad, a una estricta rutina y a constantes interrogatorios.

El P. Ciszek confiesa que mantenía sentimientos de optimismo y autoconfianza, y que se enorgullecía de mantenerse firme ante sus interrogadores, pero pronto reconoció que había fracasado en su intento de convencerlos de su inocencia. En esa ocasión aprendió más que nunca a volcar su alma en la oración.

Trasladado a la temida cárcel de Lubianka, tuvo que soportar la reclusión en una pequeña celda, sometido a una terrible soledad, a una estricta rutina y a constantes interrogatorios

El P. Walter Ciszek como prisionero en Rusia





De hecho, quien se pone siempre en la presencia del Señor comprende que rezar es el único apoyo en todas las circunstancias de la vida, pero especialmente en los momentos de crisis y de desaliento, porque «si lográramos unirnos a Dios en la oración, descubriríamos claramente su voluntad y solo deseariamos conformar nuestra voluntad a la suya».⁷

Humildad y abandono en Dios

Aunque su confianza sobrenatural todavía vacilaba: «Estaba cansado de aquella prueba, cansado de luchar y, sobre todo, cansado de darle vueltas a todo en el silencio de mi solitario encierro [...] ; cansado de las dudas, los temores y de una ansiedad y una tensión constantes».⁸

En un momento dado, se presentó un hombre simpático, que le ofreció darle la libertad si cooperaba con el gobierno soviético. Como el sacerdote dudaba a menudo en su decisión, el interrogador lo llamó un día y le mostró unos documentos que debía firmar. Para su sorpresa, las páginas contenían delitos que él jamás había cometido. Se hallaba, pues, ante una encrucijada: la muerte y la tortura si se negaba a colaborar, o la tan esperada «libertad» si capitulaba rubricando esos papeles.

Entonces se acordó de la promesa del Señor de que el divino Paráclito hablaría a través de los cristianos llevados a juicio. «Pedí al Espíritu Santo que me guiara... y nada»,⁹ dice el P. Ciszek. El presentimiento de una muerte inminente, la sensación del abandono divino, la desesperación y el miedo ante el interrogador, lo dejaron



¿Cómo había logrado sobrevivir durante años en condiciones tan atroces?

Era la pregunta que le hacían cuando volvió a su país

El P. Walter Ciszek el día que regresó a Estados Unidos

tan commocionado que inmediatamente empezó a firmar una a una las hojas que contenían las falsas acusaciones contra él.

Cuando terminó de signarlas, se dirigió a su habitación atormentado y tenso hasta el punto de sufrir espasmos. Pero poco a poco se fue calmando y se puso a rezar. ¿Por qué había actuado así? «La respuesta era una única palabra: yo. Estaba avergonzado porque, en mi fuero interno, sabía que había intentado hacer demasiado yo solo y había fracasado. [...] Llevaba años dedicando mucho tiempo a la oración, había logrado valorar y agradecer a Dios su providencia y su protección sobre mí y sobre todos los hombres, pero nunca me había abandonado de verdad».¹⁰

Ése fue su principal error: había confiado demasiado en sí mismo, creyendo

en su propia capacidad de superar, por sí solo, todos los males. De lo cual concluía: «Con esa experiencia, Dios me estaba probando a mí, como oro en el crisol, para saber cuánto quedaba de mí mismo después de todas mis oraciones y de mis profesiones de fe en su voluntad».¹¹

Cumplir la voluntad divina

A pesar de su contribución al gobierno ruso, su «libertad» tan anhelada aún estaba lejos de hacerse realidad. Tendría que permanecer cuatro años más respondiendo a interminables interrogatorios en Lubianka, sometido también a quince años de trabajos forzados en Siberia y otros tres de supuesta libertad en tierras rusas.

Sin embargo, durante los terribles sufrimientos en Siberia y en libertad en territorio ruso fue cuando pudo realizar todo el apostolado que deseaba: volver a celebrar la santa misa, confesar, bautizar, consolar a los enfermos y atender a los moribundos. Eran los designios de Dios para él, que se cumplieron como menos se lo esperaba.

¿Cómo había logrado sobrevivir durante años en condiciones tan atroces? Ésta era la pregunta que le hacían sus entrevistadores nada más regresar a Estados Unidos, el 12 de octubre de 1963. «La Divina Providencia», respondía el P. Walter Ciszek. «En los campos y en las cárceles vi a mi alrededor mucho sufrimiento; yo mismo estuve a punto de sucumbir a la desesperación y, en las horas más oscuras, aprendí a acudir a Dios en busca de consuelo y a confiar solo en Él».¹²

Dios no pide lo imposible a nadie; para cumplir su voluntad, Él solamente exige el abandono en sus manos. ♣

¹ Actual Slonim, situada en Bielorrusia.

⁴ª ed. Madrid: Palabra, 2020, p. 27.

⁵ *Idem*, p. 32.

² CISZEK, SJ, Walter Joseph; FLAHERTY, SJ, Daniel L. *Caminando por valles oscuros*.

³ *Idem*, p. 22.

⁶ *Idem*, p. 42.

⁴ *Idem*, p. 29.

⁷ *Idem*, p. 73.

⁸ *Idem*, p. 78.

⁹ *Idem*, p. 80.

¹⁰ *Idem*, p. 84.

¹¹ *Idem*, p. 87.

¹² *Idem*, p. 11.



¿Somos todos sacerdotes?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§§ 1591-1592 La Iglesia entera es un pueblo sacerdotal. Por el bautismo, todos los fieles participan del sacerdocio de Cristo. Esta participación se llama «sacerdocio común de los fieles». [...] El sacerdocio ministerial difiere esencialmente del sacerdocio común de los fieles porque confiere un poder sagrado para el servicio de los fieles.

San Pedro afirma en su primera epístola que los bautizados constituyen «un linaje elegido, un sacerdocio real» (2, 9). Este sacerdocio común a todos los fieles exige que nos consagremos al servicio del Señor y de la Iglesia, ya que nos hace aptos para «ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo» (2, 5). Se trata, pues, de un compromiso de santidad personal y de apostolado, que anuncia al Señor mediante las buenas obras de una vida cristiana coherente, adornada con sacrificios y fortalecida por la frecuentación de los sacramentos.¹

Sin embargo, algunos concluyen erróneamente que es insignificante la diferencia entre ese «sacerdocio real» al que hemos sido elevados por las aguas regeneradoras y el sacerdocio ministerial de los presbíteros y obispos.

En el libro del Éxodo el pueblo elegido es llamado «un reino de sacerdotes y una nación santa» (19, 6). No obstante, entre ellos los miembros de la tribu de Leví fueron elegidos sacerdotes en favor de los hombres, «para ofrecer dones y sacrificios por los pecados» (Heb 5, 1b).

De aquellos descendientes de Abrahán según la carne, nosotros los católicos somos los verdaderos y únicos continuadores fieles, como subraya San Pablo: «Hijos de Abrahán son los de la fe» (Gál 3, 7). Y entre los bautiza-

dos hay también algunos hombres «escogidos y consagrados por el sacramento del orden, por el cual el Espíritu Santo los hace aptos para actuar como representantes de Cristo-Cabeza».²

El ofrecimiento de «dones y sacrificios» hecho por el sacerdote de la Iglesia Católica no es, por tanto, el resultado de una delegación de los fieles. En la ordenación sacerdotal recibe «un poder que Dios no ha dado a los ángeles ni a los arcángeles»,³ para ser intermediario entre el Señor y su pueblo (cf. Heb 5, 1a). Se trata de un poder inmenso, según San Ambrosio,⁴ porque el sacerdote hace en nombre de Jesucristo todo lo que Él hacía en su vida terrena.

Ante todo, el sacerdote obra en la santa misa la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Ningún hombre es capaz de realizar tan estupendo milagro: «El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia esas palabras, pero su eficacia y su gracia son de Dios»,⁵ explica San Juan Crisóstomo. Y el catecismo resume: «Es Cristo mismo, sumo sacerdote y eterno de la nueva alianza, quien, por el ministerio de los sacerdotes, ofrece el sacrificio eucarístico».⁶

Así, como resultado de la multiplicación de las ordenaciones sacerdotales, «en la más pobre iglesia de una aldea, en el momento en el que se celebra la misa, se ofrece a Dios un cul-

to infinitamente superior al que le era ofrecido por el primer hombre inocente en el paraíso terrenal».⁷ ♣

¹ Cf. CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 10.

² CCE 1142.

³ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *De sacerdotio*. L. III, n.º 5: PG 48, 643.

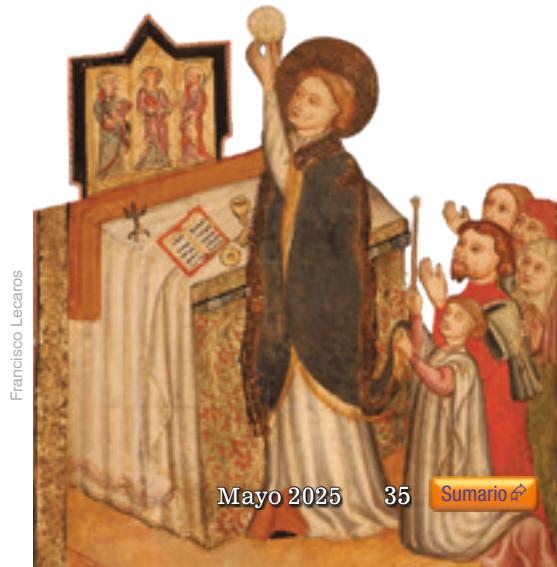
⁴ Cf. SAN AMBROSIO. *De pénitentiae*. L. I, c. 8, n.º 34: PL 16, 476-477.

⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *De proditione iudea*. Homilia I, n.º 6: PG 49, 380.

⁶ CCE 1410.

⁷ GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *El Salvador y su amor por nosotros*. Madrid: Rialp, 1977, p. 179.

«Misa de San Martín de Tours» - Museo Episcopal de Vic (España)



Francisco Leceras

Por la Santa Iglesia, estoy dispuesto a sufrir

Para ese varón, derramar su sangre era el precio para que de un cataclismo rayara el amanecer de una resurrección.



Hna. Elizabeth Verónica MacDonald ↗

«¡Mira, Margaret!». Desde una ventana enrejada de la Torre de Londres, sir Tomás Moro llamaba a su hija para que contemplara la escena: cinco sacerdotes —Juan Haile, párroco secular, Ricardo Reynolds, monje brigidino y renombrado teólogo, y tres priores cartujos, Juan Houghton, Roberto Lawrence y Agustín Webster, ataviados con el blanco hábito de su orden— estaban siendo conducidos a Tyburn, el infame cadalso a pocos kilómetros de distancia y destino final de aquellos que se atrevían a desafiar la voluntad real.

Aquel 4 de mayo de 1535, por negarse a jurar el Acta de Supremacía por la que el monarca reinante, Enrique VIII, usurpaba el poder del Papa para proclamarse cabeza de la Iglesia de Inglaterra —novedad cismática promulgada en todo el reino—, esos hombres, sometidos a una farsa de juicio y condenados por alta traición, serían ahorcados y descuartizados.

Sin embargo, Tomás Moro no llamaba a Margaret para que asistiera a un espectáculo morboso. En ese momento, el ex canciller de Inglaterra, también encarcelado por haberse negado a separarse de la unidad de la Santa Iglesia, se enfrentaba a los argumentos de su hija que trataba de persuadirlo para que jurara la mencionada Acta de Su-

premacia. En efecto, la mayoría de los miembros de las clases prominentes se habían hecho de la vista gorda frente a la herejía para salvar su propio pellejo.

Pero sabía muy bien que no serían sus razonamientos de abogado o de apologista los que convencerían a su hija ante la perspectiva del hachazo del verdugo que pronto los separaría, sino el testimonio vivo de un amor más fuerte que la muerte: «¡Mira! ¿No ves cómo esos benditos sacerdotes están yendo ahora tan alegremente a su muerte como los novios a su boda?».¹

En efecto, aquellos confesores de la fe, avanzando con paso firme y semblante luminoso para iniciar su pasión, proclamaban que la Iglesia es inmortal e indefectible y que la victoria está con los que la defienden.

El líder indiscutible del conjunto —a la manera de un padre— era dom Juan Houghton, de 48 años, prior de la cartuja de la Salutación de la Santísima Madre de Dios, erigida cerca de Londres.

Sería el primero de ese grupo en sufrir el suplicio y, además, el primero desde los tiempos paganos en morir en Inglaterra por ser católico, convirtiéndose en el protomártir de la Revolución protestante en ese país y en digno prototípico de cientos —si no miles— de personas que dieron su vida entre los años 1534 y 1680 en oposición a las

fuerzas satánicas que cerraron todos los monasterios, profanaron sus instituciones más sagradas y los consagraron a la herejía por fuerza de la ley.

Un santo surgido del anonimato

Dice un viejo refrán: *Cartusia sanctos facit, sed non patefaci* —La Cartuja hace santos, pero no los da a conocer. Cuando en 1084, bajo inspiración divina, San Bruno fundó la Gran Cartuja en los picos nevados cerca de Grenoble (Francia), señaló a sus seguidores que el servicio que la orden prestaba a la Santa Iglesia y a la sociedad se llevaría a cabo en la soledad y el anonimato. Así pues, Houghton podría haber pasado casi desapercibido para la posteridad si los protagonistas de lo que los historiadores no dudan en llamar la «devastación»² de Inglaterra no hubieran llamado a su puerta.

Nacido en Essex, de la pequeña nobleza, estudió Derecho en Cambridge. En torno a los 24 años fue ordenado sacerdote secular; pero antes de cumplir los 30, la búsqueda de una entrega más radical lo llevó a la cartuja de Londres. En el momento en que nuestra narración empieza, además de prior, era visitador de la provincia inglesa de su orden, es decir, la cabeza de nueve florecientes monasterios.

Houghton solía decir que tenía ángeles a su cargo en lugar de hombres,



Dario Ialorenzi

muchos de los cuales eran jóvenes y de noble cuna. En ellos aún vibraba la convicción de que su tierra natal era especial propiedad de la Santísima Virgen, la «dote de María —*dos Marie*», título que se remonta a la consagración de la nación por el rey Ricardo II en 1381.

Veían en Houghton a otro Bruno: celoso en cuanto a los oficios litúrgicos, ejemplo en la ascesis, experto formador, sabio, amante de los libros. Personificaba la dignidad de su cargo, pero si algún religioso se encontraba abatido lo buscaba como amigo y hermano, diciéndole que había abandonado el priorato en su celda. Un monje del monasterio así lo describe: «Era de baja estatura, de porte elegante, de mirada reservada, de modales modestos, de palabras dulces, casto de cuerpo, humilde de corazón, amable y querido por todos».³

«Los asuntos urgentes del rey»

A su manera, los denominados «comisionados reales» —Tomás Cromwell y sus compinches— también lo querían.

El malvado soberano se encontraba en un embrollo, llamado eufemísticamente «asuntos urgentes del rey». Buscaba que Roma anulara su matrimonio con Catalina de Aragón —que no le había dado un heredero varón— para poder casarse con la escandalosa Ana Bolena. Sin embargo, como el matrimonio era válido, ni siquiera el Papa podía deshacerlo.

Pero había más. La gente amaba a la virtuosa princesa que había dejado España para hacer de Inglaterra su porvenir: fiel católica, protectora del pueblo, patrona de las universidades, aplaudida siempre que salía a la calle y especialmente apreciada entonces por su constancia en la desgracia. Aquella revuelta, como casi todas, no fue una revuelta que hubiera surgido de la plebe.

Incitado por el orgullo y por la sensualidad, el rey se dedicó a derribar obstáculos. «Nadie podía haber previsto, cuando Enrique VIII conoció a Ana Bolena en 1522, que estaba en juego el destino

del mundo durante siglos. A lo largo de mil años o más, reyes que profesaban el cristianismo de boquilla, habían roto sus votos matrimoniales, y algunos murieron en sus pecados; no obstante, nunca un rey había estado dispuesto a rasgar la túnica inconsútil de la Iglesia para convertir en reina a una mujer de esa clase».⁴

El monarca eliminaba así el precioso legado del papa San Gregorio Magno que, en el 596, había enviado cuarenta monjes a cristianizar a esa nación insular. Al nombrar al hereje Tomás Cranmer como nuevo arzobispo de Canterbury, se iniciaba un expolio metódico del país, cuyos ingresos,



Al divorcio de Enrique VIII le siguió un cisma y un reguero de sangre y destrucción allí donde encontrara resistencia

«Enrique VIII y Catalina de Aragón ante los legados papales», de Frank Salisbury - Palacio de Westminster, Londres. En la página anterior, San Juan Houghton - Abadía de Belmont, Hereford (Inglaterra)

naturalmente, iban a parar a las arcas reales. Sin embargo, más que una rapina material, hubo un saqueo de la propia alma de la nación. Proclamándose jefe de la Iglesia de Inglaterra, Enrique continuó imponiendo sus ultimátums heréticos, dejando un reguero de san-

gre y destrucción dondequiera que encontrara resistencia.

La vida monástica se había arraigado allí profundamente. A mediados del siglo XVI, uno de cada cincuenta hombres adultos había ingresado en la vida religiosa, en los cerca de 900 monasterios diseminados por la verde campiña inglesa. El objetivo de los comisionados reales era oficializar en el ámbito claretiano el reconocimiento del nuevo estatus del rey, que acababa de deponecer al Papa.

El convento de los solitarios, a las afueras de la ciudad, era el eslabón entre la sociedad y el Cielo, un foco de influencia y de irradiación sobrenatural. Por su importancia, querían atraparlo para el cisma.

Celestial anuncio

A la casa de los cartujos no llegó de boca en boca la noticia de que estaba a punto de desatarse una tormenta, como se relata en los anales del monasterio: «Sucedío que, en el año del Señor de 1533, anticipándose a aquella borrascosa tempestad, un cometa se vio en el aire, extendiendo sus rayos clara y manifiestamente hasta nuestra casa. [...] Algo inédito, nunca visto en tiempos pasados. Ese mismo año, nuestro venerable padre prior [Houghton] salió de la iglesia después del segundo nocturno y, al entrar en el cementerio, vio en el aire un globo como de sangre, de gran tamaño, y aterrorizado al verlo, cayó al suelo».⁵ No esperaría mucho para comprender el significado del celestial anuncio.

En la primavera de 1534 los comisionados llegaron al convento, emplazando al prior a que diera su consentimiento al nuevo «casamiento» del rey. Houghton declaró que no podía entender cómo el matrimonio con la reina Catalina, celebrado según los ritos de la Iglesia, podía ser anulado, respuesta que le costó un mes de prisión, junto con el obispo Humphrey Middlemore, hoy beato.

Hubo gran alegría en el convento cuando, después de negociaciones,



ambos fueron liberados. No obstante, como buen capitán, Houghton se dedicó a preparar a sus subordinados. Al cabo de unos meses, tras haber regresado dos veces al rey con las manos vacías, los comisionados volvieron al monasterio con redobladas exigencias. La cuestión ahora no era sólo la «sucesión», sino la «supremacía», es decir, el rechazo de la autoridad papal.

Houghton temía por los suyos más que por sí mismo. Si eran dispersados, ¿perseverarían? Bajo coacciones, ¿resistirían? Encarcelados y torturados, ¿serían fieles hasta la sangre? Reuniéndolos, les propuso un triduo: el primer día estaría dedicado a la confesión sacramental; el segundo, a la reconciliación mutua; en el tercer día se celebraría una misa al Espíritu Santo.

El segundo día, el prior les dijo: «Mis queridísimos padres y hermanos: todo lo que me veis hacer, os ruego que lo hagáis también vosotros».⁶ Entonces se levantó y, dirigiéndose al más veterano de la casa, de rodillas imploró perdón por todas las faltas que en algún momento hubiera cometido contra él. Recíprocamente, el anciano le pidió su perdón. Entre lágrimas, el prior hizo lo mismo con los demás religiosos, hasta el último hermano lego. Así describe la escena un testigo ocular: «Todos le siguieron, de igual modo, uno tras otro, pidiendo perdón. ¡Oh, cuánto dolor! ¡Qué profusión de lágrimas! [...] Desde aquel día, cualquiera que contemplara el semblante de nuestro santo padre —que nunca antes, en ninguna circunstancia, había dado señales de cambio— percibiría cuánto sufrió».⁷

Era angustia por el estado cataclísmico de la Santa Iglesia en su amada tierra, la perspectiva de una muerte inminente y la incógnita de cómo la afrontarían todos. En este conmovedor trance, le fue concedida una gracia insigne.

El Espíritu Santo, el Consolador

Al final del triduo, durante la misa en honor del Espíritu Santo, «un susurro como de brisa ligera, que sonaba débilmente a los sentidos exteriores, pero muy operante en el interior, fue observado y escuchado por muchos con sus oídos corporales, y sentido y atraído por todos con los oídos del corazón. Ante tan dulce modulación, el venerable prior, abrumado por la plenitud de la iluminación divina y deshecho en lágrimas, fue incapaz durante mucho tiempo de proseguir con la misa. También el convento quedó atónito, oyendo la voz y sintiendo su maravillosa y dulce operación en el corazón».⁸

El hecho recordaba la promesa de Nuestro Señor Jesucristo antes de la Pasión: «Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito» (Jn 14, 16). Estaban preparados para la tormenta que pronto se desencadenaría.

Una espléndida corona de gloria

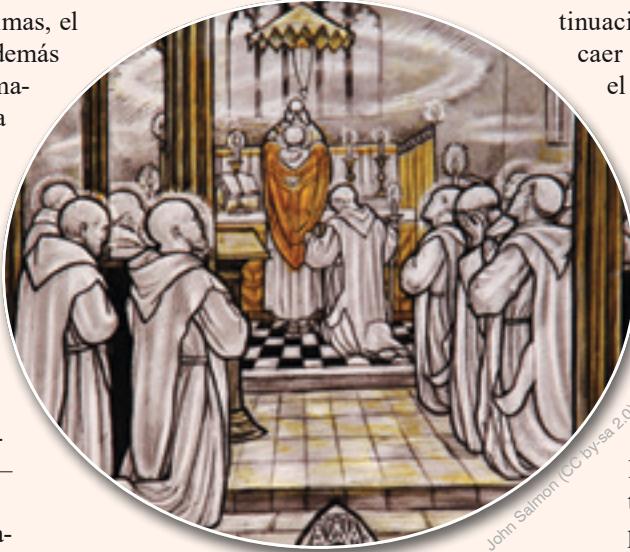
Los secuaces del rey, después de imponerle al monasterio durante me-

ses un régimen de encarcelamiento, de atroz vigilancia y de nefastas propuestas, se dieron cuenta de que no podrían conquistar a esos hombres. Había que eliminarlos. Fue entonces cuando, el 4 de mayo de 1535, el futuro mártir Tomás Moro vio desde la ventana de la prisión la escena que lo conmovió: varones que, aunque atados, eran verdaderamente libres.

Amarrados a tablones de madera y cruelmente arrastrados por caballos por las calles fangosas de Londres, el santo prior y sus compañeros llegaron a Tyburn con sus cuerpos magullados pero con sus principios intactos. Houghton se dirigió a la multitud, entre la que se mezclaban miembros de la corte real ansiosos por verlo renegar: «Nuestra Santa Madre, la Iglesia, ha decretado lo contrario de lo que el rey y el Parlamento decretaron y, por tanto, antes que desobedecer a la Iglesia, estoy dispuesto a sufrir».⁹

En un gesto de perdón cristiano, abrazó a su verdugo y le pidió permiso para terminar su oración, el salmo 31, que canta: *In te, Domine, speravi, non confundar in eternum*. A continuación lo ahorcaron y lo dejaron caer aún vivo. Luego le abrieron el abdomen con un puñal y le arrancaron las entrañas, arrojándolas al fuego. Mientras el sayón se preparaba para sacarle el corazón, exclamó suavemente: «Buen Jesús, ¿qué harás con mi corazón?».¹⁰

Ese mismo día, los lacayos de Cromwell regresaron al monasterio de Houghton para instar a la capitulación a los monjes, quienes se encontraban tan tranquilos como si el prior aún estuviera entre ellos. Clavarón uno de los brazos del mártir en la puerta del convento, una preciosa reliquia que los religiosos se apresuraron a recoger. En los dramáticos meses que se siguieron, otros quince



Estando cerca el momento del martirio, Houghton preparó a los suyos con un triduo, a cuyo término se manifestó el Espíritu Santo

Misa al Espíritu Santo en la cartuja de la Salutación de la Santísima Madre de Dios - Convento de Tyburn, Londres

John Salmon (CC by-sa 2.0)



Francisco Lecaros

El martirio de San Juan Houghton y sus compañeros fue de naturaleza atroz. Pero al subir con serenidad al cadalso, se reveló como parte del grupo de almas llamadas a sufrir para obtener la victoria de la Santa Iglesia

Martirio de los cartujos de Inglaterra - Cartuja de Valldemossa (España)

cartujos del mismo cenobio sufrieron interrogatorios, prisión, torturas y el martirio.

Durante este período, un monje que había muerto por causas naturales se le apareció a otro y le dijo: «Estoy bien, estoy en la gloria celestial, [...] pero en una gloria mucho menor e inferior que la de nuestros padres que sufrieron, pues ellos gozan de gran gloria, coronados con la palma del martirio. Y nuestro padre prior tiene una corona más espléndida que los demás».¹¹

¿Una futura resurrección para la fe?

Afirma un historiador: «El asesinato de Houghton fue de una naturaleza singularmente atroz. Su historia es una viva demostración de los extremos a los que Enrique y Cromwell estaban dispuestos a llegar, y de las profundidades a las que estaban dispuestos a

descender, para doblegar la voluntad de Inglaterra».¹²

A pesar de su actual desfiguración, aún flota sobre Inglaterra «un perfume de ángeles que por allí han pasado»,¹³ decía el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira. El sacrificio de una multitud de hombres y mujeres de toda condición, que derramaron su sangre por la fe durante la Revolución protestante, permanece como ofrenda de «aroma agradable» (Gén 8, 21).

Hoy, junto al lugar del antiguo patíbulo de Tyburn, hay un convento de contemplativas benedictinas, cuya vida de perpetua adoración eucarística está dedicada a honrar a esos mártires e impetrar la conversión del país. No faltan palabras de santos que anuncian que eso sucederá, como las relatadas por el arzobispo de Birmingham, William Bernard Ullathorne, a propósito de su visita a San Juan María Vianney en 1854. Tras escuchar atentamente

al prelado contar las dificultades sufridas por los católicos de la nación anglicana, el Cura de Ars le dijo «con una voz tan firme y segura como si estuviera haciendo un acto de fe: «Mais, monseigneur, je crois que l'Église d'Angleterre retournera à son ancien splendeur [Pero, monseñor, creo que la Iglesia de Inglaterra volverá a su antiguo esplendor]»».¹⁴

Tal punto de inflexión se producirá según la libre misericordia de Dios y de María Santísima, pero, por voluntad divina, sopesa la cooperación de los justos. Hay almas llamadas a sufrir de manera especial para obtener las gracias necesarias para el cumplimiento del designio de Dios sobre la humanidad. Y San Juan Houghton se reveló como parte de ese grupo de almas sufridoras y confiantes en la victoria final de la Santa Iglesia al subir serenamente al cadalso y abrazar a su verdugo. ♦

¹ Cf. HENDRICKS, OCART, Lawrence. *The London Charterhouse. Its Monks and Its Martyrs*. London: Kegan Paul Trench, 1889, pp. 150-151.

² COBBETT, William. *A History of the Protestant Reformation in England and Ireland*. 2.^a ed. New York: Benziger Brothers, 1905, p. 21.

³ BRENNAN, Malcolm. *Martyrs of the English Reformation*. Saint Marys (KS): Angelus, 1996, p. 5.

⁴ WALSH, William Thomas. *Philip II*. Charlotte: TAN, 1987, p. 36.

⁵ CHAUNCY, OCART, Maurice. *The History of the Sufferings of Eighteen Carthusians in England*.

London: Burns & Oates, 1890, p. 44.

⁶ *Idem*, p. 50.

⁷ *Idem*, pp. 50-51.

⁸ *Idem*, p. 51.

⁹ MEYER, G. J. *The Tudors*. New York: Delacorte, 2010, p. 216.

¹⁰ HENDRICKS, op. cit., p. 154.

¹¹ CHAUNCY, op. cit., p. 74.

¹² MEYER, op. cit., pp. 209-210.

¹³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. «Perfume de Anjos que passaram...». In: Dr. Plínio. São Paulo. Año I. N.º 9 (dic, 1998), p. 35.

¹⁴ ULLATHORNE, OSB, William Bernard. *Letters*. London: Burns & Oates, 1892, pp. 52-53.



Sus últimos actos de piedad

Siempre devota del Sagrado Corazón de Jesús, la piedad de Dña. Lucilia estaba interiormente vinculada a una iglesia dedicada a Él, favorita entre sus devociones, de la que quiso despedirse, al presentir que había llegado la hora de su encuentro con Dios.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Para romper la monotonía de un día siempre igual al anterior, el Dr. Plinio salía de vez en cuando a pasear con su madre por la acera de la calle Alagoas,¹ donde vivían. Nunca la llevaba a la plaza Buenos Aires, por miedo a cruzar con ella la súper transitada avenida Angélica. Tomaba, pues, en sentido opuesto a la mencionada plaza, por una calle en aquel tiempo mucho menos frecuentada que hoy en día, donde todavía subsistían un gran número de bonitas casas con jardín.

Recuerdos de los últimos paseos a pie

Cuando el sol disminuía el rigor de sus rayos, caminaban los dos, muy despacito, entreteniéndose con un poco de conversación. A Dña. Lucilia le encantaba apreciar las flores de los sucesivos jardines por los cuales pasaba, considerando siempre el aspecto superior de lo que fuese digno de admiración. Era la delicadeza de una rosa, o el vivo color de otra, o el fruncido de los pétalos de un clavel, o el suave perfume exhalado por ellas. De ese modo, considerando las innumerables minucias de la vida cotidiana, mantenía su mirada siempre puesta en lo alto.

Si la vegetación de los jardines asomaba a través de las rejas que los

cercaban y alguna bonita florecilla se inclinaba al alcance de su mano, la miraba con agrado, aspiraba su perfume y hacía comentarios con su hijo. Éste asentía, pero encontraba mucho más hermosa el alma de su madre que la propia flor...

En el fondo, en sus comentarios minuciosos, coherentes, admirativos, Dña. Lucilia se remitía implícitamente al divino Creador de aquellas pequeñas maravillas.

Última visita a «su» iglesia del Sagrado Corazón de Jesús

Hacía ya mucho tiempo que Dña. Lucilia no visitaba la iglesia con la cual sentía una enorme consonancia, escenario de tantos coloquios con Nuestro Señor, y a la cual se refería como «mi» iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.² Un día, el Dr. Plinio le propuso ir a ese santuario para rezar todo el tiempo que quisiese. Ella aceptó de inmediato esa agradable invitación.

La intimidad indeciblemente respetuosa de Dña. Lucilia con su divino Maestro adquiría un colorido propio cuando cruzaba aquel sagrado umbral. De hecho, el ambiente sacramental serio del interior de ese templo es muy propicio a la meditación y a la reflexión, a lo que contribuye la agrada-

ble proporción entre la altura, la anchura y la longitud del hermoso edificio.

La luz de sus vitrales difunde matizados colores que lo llenan de una penumbra acogedora. Y hay algo en él de balsámico, de un discreto y perfumado aceite que impregna de gravedad y de afabilidad todo el ambiente, al mismo tiempo que le «susurra» al fiel: «Tú ya has sufrido, pero tendrás que sufrir todavía más. Sin embargo, aquí encontrarás un lenitivo. ¡La vida es así! Pero entre las paredes de este edificio encontrarás ayuda para sufrir». Esa iglesia, en efecto, comunica también, y armónicamente, esperanzas de alivio, de ayuda, y de situaciones que justifiquen la cristiana alegría.

De la penumbra emergen imágenes de rostro serio y ameno, cuya mirada socorre y protege.

En la parte delantera de la nave lateral, en el lado de Evangelio, se encuentra la conmovedora imagen del Corazón de Jesús: sacral, digna, serena, compasiva, pero tristecida, en vista de la ingratitud de los hombres.

En la nave lateral opuesta, del lado de la Epístola, la blanquísimas imágenes de María, Auxilio de los cristianos —triumfante, virginal, pura, leve, bondadosa, también compasiva— parece rebosante de la sobrenatural armonía

interior del alma excelsa de la Virgen Madre de Dios.

Así, en esa iglesia, verdadero cofre de bendiciones, se diría que la gracia es como una llovizna, como una finísima neblina que se difunde, rociando las almas...

Una recogida peregrinación

Cuando Dña. Lucilia llegó allí acompañada de su hijo, recorrió en recogida peregrinación los distintos altares, aunque desplazándose con dificultad. Rezó y rezó largamente. Se percibía que de vez en cuando pedía perdón, pues se golpeaba el pecho con discreción. Se detuvo particularmente ante la imagen de María Auxiliadora.

Después pasó a la otra nave, haciendo una profunda venia ante el sagrario del altar mayor, donde estaba el Santísimo Sacramento, pues sus condiciones no le permitían arrodillarse, y se quedó un largo tiempo a los pies de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Allí estaba el punto central de la vida interior de Dña. Lucilia. Su alma anhelaba encontrar en el divino Redentor la culminación de su propio afecto, de tal forma que si no lo conociese lo buscaría. Y habiéndolo encontrado, enseguida lo identificaría como aquél a quien buscaba.

En las largas meditaciones de Dña. Lucilia ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que simboliza todo lo que sufrió en la Pasión a causa de los pecados de los hombres, iba modelando su alma conforme a su divino Maestro.

Terminado su piadoso coloquio con Nuestro Señor, Dña. Lucilia se dirigió al grupo escultórico situado casi al final de la nave lateral izquierda (en el lado de la Epístola), que representa el encuentro del Niño Jesús en el Templo entre los doctores de la ley. Desde hacía casi cincuenta años, ante esa imagen del divino Infante, solía pedir con insistencia gracias abundantes para que

su hijo afrontase victoriamente las luchas de perseverancia y santificación, así como las pugnas ideológicas contra los enemigos de la Iglesia.

Tras saludar con la mirada a otras imágenes, a los vitrales que teñían con su luz colorida las columnas del lado izquierdo y al imponente órgano del fondo, Dña. Lucilia, con el alma llena, se retiró, apoyada del brazo de su queridísimo hijo.

Fue una visita de despedida y de preparación para la eternidad. Cuando salieron, el sol estaba emitiendo sus últimos rayos dorados. Habían pasado horas enteras...

En la atmósfera del Sagrado Corazón

En el fondo de la bondad luciliana encontramos una identidad de espíritu

con el Sagrado Corazón de Jesús, que le hacía manifestar a los demás la inmensidad del amor de Nuestro Señor, como si dijese: «Fíjate bien cómo no faltan razones para confiar en Él. Pide, porque serás atendido; las puertas de la misericordia están abiertas para ti».

A imitación del Sagrado Corazón de Jesús atravesado por la lanza de Longinos, Dña. Lucilia sabía, con firme y compasivo afecto, insinuarle a un infractor la gravedad de su mala conducta. De los labios de la imagen parece salir esta amonestación: «¡Mira lo que representa todo pecado! ¡Lo que hacen los hombres! ¡El mar de pecados en el que la humanidad está precipitándose! ¿Tú formas parte de la cohorte de los que me ofenden?».

Se trataba de una bondad que no conducía al relajamiento moral, sino a una suma compunción y a una perfecta compenetración. Bondad superiormente recta, virtuosa, propia del equilibrio de un alma católica, apostólica y romana.

Dña. Lucilia vivía intensamente dentro de esa atmósfera del Sagrado Corazón de Jesús, traspasado de dolor por los pecados de los hombres y lleno del deseo de perdonarlos. Así como el buen discípulo se parece en algo al Maestro, en numerosas ocasiones se percibía que ella interiormente lamentaba, deploaba, sufría y perdonaba, al unísono con el Sagrado Corazón de Jesús. ♣

Extraído,
con adaptaciones, de:
Doña Lucilia. Città del
Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del
Evangelio, 2013, pp. 605-608.

Ella vivía en la atmósfera del Sagrado Corazón de Jesús, traspasado de dolor por los pecados de los hombres y lleno de deseo de perdonarlos

Doña Lucilia unos años antes de su muerte. En la página anterior, Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo

¹ Una vía pública del barrio de Higienópolis, de São Paulo.

² Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, situado en el barrio de los Campos Elíseos.

Retiros espirituales

Cooperadores de los Heraldos del Evangelio y familias amigas aprovecharon el puente de Carnaval para participar en distintos retiros espirituales promovidos por la institución y, así, prepararse mejor para la Pascua. Eucaristías, charlas, períodos de meditación y una amena convivencia fraterna marcaron esos días.

Las actividades se desarrollaron en Tocancipá (Colombia), Buenos Aires y Ciudad de México, así como en las ciudades brasileñas de Mairiporã (São Paulo), Río de Janeiro y Campos dos Goytacazes (Río de Janeiro); Maringá y Piraquara (Paraná); Belo Horizonte, Juiz de Fora y Montes Claros (Minas Gerais).



Ronny Fisher



Jesse Arce



Lucas Caldas



Pablo Vela



María Fernanda Aguiar



Alcídio Miranda



William Drobot



William Drobot



Padilla de Araujo



Paulo Yang



Lucas Caldas



Campos dos Goytacazes



Colombia

Jesse Arce

Tatiane de Oliveira



Montes Claros



Juiz de Fora

Danielle Fiorindo

Paulo Yang



Belo Horizonte



Mairiporã



México

Penny Fisher

Danielle Fiorindo



Juiz de Fora



Piraquara

William Drobot

Jesse Arce



Colombia



Maringá

Pablo Vela



Argentina



Fotos: Joana Chaves



1



2

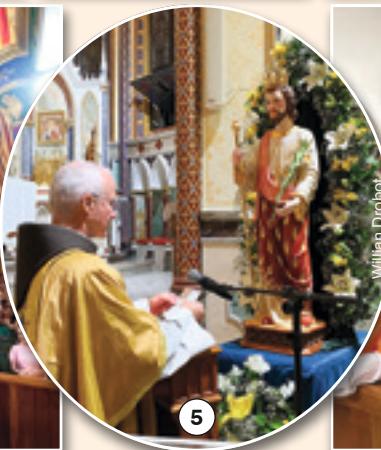


3

Ricardo Scheneider



4



5



6

Fábio Batista

Solemnidad de San José – En vísperas de esta gran solemnidad, los Heraldos del Evangelio participaron en la procesión y misa en honor al Santo Patriarca en la catedral metropolitana de San José de Costa Rica (fotos 1 a 3). El mismo día 19 de marzo, centenares de fieles pudieron consagrarse al esposo virginal de María en San Salvador y en las ciudades brasileñas de Ponta Grossa (foto 4), Piraquara (foto 5) y Belo Horizonte (foto 6).

Ronny Fischer



1



2



3

François Boulay

Consagración a la Virgen – En los meses de febrero y marzo, nuevos participantes del curso ofrecido por la plataforma de formación de los Heraldos del Evangelio realizaron su consagración como esclavos del amor a Jesús, por las manos de María, según el método de San Luis Grignion de Montfort. Las ceremonias tuvieron lugar en la capilla de la Ascensión del Señor de Pachuca (foto 1) y en la parroquia de San José de Aguascalientes, en México, así como en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe de Montreal, Canadá (foto 3), y en la parroquia de Santo Domingo de Guzmán de Santiago, Chile (foto 2).



Fotos: René García

Estados Unidos – En marzo, devotos de la Santísima Virgen de la ciudad de Key Biscayne (Florida), se congregaron en la iglesia de Santa Inés para rendirle homenaje, que comenzó con la solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María.



Fotos: Xavier Jacob

Paraguay – Fieles de la catedral metropolitana de Concepción (fotos 1 y 2) y de la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, de la ciudad de Pedro Juan Caballero (foto 3), acudieron al encuentro de la Santísima Virgen para participar de las benditas «Tardes con María», los días 8 y 9 de marzo, ocasión en la que, además de la coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María y de la celebración de la santa misa, muchos pudieron consagrarse a Ella.



Fotos: Lucas Caídas

Brasil – El día 8 de marzo, más de quinientos devotos de la Santísima Virgen se reunieron en la casa de los Heraldos del Evangelio de Campos dos Goytacazes (Río de Janeiro) para participar de una «Tarde con María», que contó con la presencia del P. Ricardo José Basso, EP.



Como la palmera, ¡florecerán!

Gustavo Kraij

Las palmeras llenan huertos, calles, plazas y parques; engalanan jardines, adornan casas, pueblan florestas... Para el ojo común, no son más que plantas sin belleza. Sin embargo, nos ofrecen profundas lecciones de vida espiritual.

✉ Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas



Como una fortaleza, se yergue frondosa la palmera, desafianto cielos, vientos y tormentas. Nada parece detenerla en su ascensión, ningún factor natural puede derribarla fácilmente. Símbolo del triunfo, de la prodigalidad, del alma recta, constante, humilde, fuerte y vigilante, es un verdadero monumento, levantado no por el ingenio humano, sino por el divino Artífice.

A diferencia de otros árboles, su tronco se alza indiviso, generalmente erecto y liso, rematado por hojas cuya inclinación recuerda a los chorros de agua de una fuente que se precipitan generosamente hacia abajo. Es sencilla, sin adornos, salvo las cicatrices que las hojas viejas dejan en su estípite, como bonitos anillos que la adornan. La palmera se presenta así como una dama noble, esbelta, pura y graciosa. Se trata de una auténtica princesa coronada. Su numerosa familia y sus excepcionales propiedades dan lugar a algunas reflexiones.

«*Hic victor meruit palmam*»

Desde tiempos inmemoriales, las palmeras crecían en abundancia en las regiones fértiles de Mesopotamia,

ofreciendo los deliciosos y famosos dátiles de Oriente, que se convirtieron en uno de los productos básicos de su agricultura, gastronomía y comercio. Tales palmeras también se desarrollaron en Egipto, en la llanura costera de Palestina y en el valle del Jordán. Las distintas culturas de la Antigüedad las adoptaron como símbolos de verdades trascendentales: la fertilidad, la paz, el éxito, el Paraíso, la vida eterna.

En la tradición romana, los gladiadores, atletas y guerreros victoriosos eran condecorados con laureles y ramas de palma. Poco a poco, la iconografía clásica eligió la palmera como símbolo del triunfo, apareciendo frecuentemente estampada en lámparas de arcilla, blasones, banderas, sellos, alegorías, tumbas o medallas.

El papa San Dámaso, por ejemplo, elogió a los mártires Proto y Jacinto con las siguientes palabras: *Hic victor meruit palmam prior ille coronam* —He aquí al vencedor que mereció la palma antes que la corona.¹ En efecto, los mártires son primero campeones en la lucha contra la carne y las potestades de este mundo, para luego merecer de Cristo la recompensa y reinar con Él eternamente. Así, su numeroso ejército

empezó a ser representado sosteniendo una rama de palma en sus manos, de ahí la denominación que se ha mantenido en la Iglesia desde tiempos remotos: «Ha alcanzado la palma del martirio».

Del bautismo al Domingo de Ramos

El simbolismo de la palmera va más allá de las casualidades y tradiciones cuando es considerada a la luz de la criatura más sublime, Nuestro Señor Jesucristo, el Hombre-Dios. Curiosamente, marcó dos episodios relevantes en la vida del Redentor.

Con lujo de detalles, Ana Catalina Emmerick² describe la escena en la que tuvo lugar el bautismo de Jesús. En el momento de descender al río Jordán, se agarró con su mano izquierda a una esbelta palmera cargada de frutos que se encontraba en la orilla, mientras su mano derecha permanecía apoyada sobre su sacratísimo pecho. Fue entonces cuando el Cordero Inocente e Inmaculado venció la culpa del viejo Adán, sumergiéndola en las aguas bautismales.

La victoria definitiva sobre el demonio, autor del pecado, la consumaría en la cruz. Antes de ser entregado a la muerte, Jesús entró en Jerusalén, donde fue aclamado por una numerosa

multitud; unos alfombraban el camino con sus mantos, otros cortaban ramas de palma y las extendían por la calzada (cf. Mt 21, 8-11). A pesar del abismo de humillación al que pronto se vería sometido, el Redentor quiso marcar el comienzo de su Pasión con un tono de triunfo, para garantizarles a sus discípulos la certeza de la Resurrección.

El Señor es, pues, el *victor Rex* contra el demonio, el pecado y la muerte. Por eso los fieles cantan al unísono con la Iglesia, en la secuencia de la misa de Pascua: «Muerto el que es la Vida, triunfante se levanta». Y el Beato Fra Angélico deslizó hábilmente su pincel sobre el lienzo, representando a Cristo resucitado portando la bandera y la rama de la victoria.

Una profunda lección de constancia

Por otro lado, la palmera parece una planta calculada para aguantar tormentas. Su follaje disperso no retiene el agua de lluvia y permite el paso del viento, lo que la hace ligera y resistente al mismo tiempo. De ahí que San Francisco de Sales³ viera en la constancia una de las propiedades de esa planta: no se rinde, no cae ni se abate, por muy grande que sea la carga que se le ponga; su tronco no se arrastra por el suelo, sino que se eleva sin miedo, atraído por las alturas. E incluso azotadas por el viento —reflexionaba una vez el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira— las palmeras no pierden su alta apariencia: «Se inclinan con elegancia, como una gran dama haría una reverencia. Ofrecen resistencia al viento, como diciendo: “¿Quieres derribarme? ¡Me volveré más grácil!”».⁴

Sorprendentemente, sus raíces no son profundas, sino que se extienden en rayos a su alrededor. Es como si de la tierra sólo buscara un apoyo para subir a las altas regiones, enseñando a los hombres que en este mundo no hay morada permanente; caminan como huéspedes y peregrinos lejos del Señor, hacia la patria celestial (cf. Heb 11, 13.16), recompensa que espera a quienes se mantengan fieles hasta el final: «Con

vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas» (Lc 21, 19).

Constancia, he aquí una virtud practicada en grado sumo por María Santísima. La piedad católica la honra como «la palma de la paciencia» o la «palma constante», en el oficio parvo de la Inmaculada Concepción. A Ella, más que a cualquier otra criatura, cabe el elogio del libro sagrado: «Crecí como palmera de Engadí» (Eclo 24, 18). San Juan Eudes⁵ explica que tales alabanzas designan la fortaleza y la paciencia que la Virgen demostró al ser sacudida por los vientos de las tribulaciones, así como las notables victorias que obtuvo contra los enemigos de nuestra salvación.

Como guerreros del Altísimo

Las ramas de la palmera brotan desde su interior como lanzas que, con el tiempo, florecen en miles de pequeñas espadas... ¡he ahí su follaje! La planta «demuestra su valor en que sus hojas son como espadas».⁶ De hecho, en un vasto reino como el de las palmáceas, no podía faltar la representación de la guerra. La palmera imperial, en particular, tiene una grandeza bílica, y de su figura hay quien tejiera un casi forzoso elogio: «En una belleza esplendida que aterra, / pasas desatando un aire de guerra».⁷

Hay palmeras que se asemejan a guerreros siempre en su puesto de guardia, vigilantes contra el adversario, con la espada desenvainada, en la inalterable posición de presentar armas a su Creador, el Señor Dios de los ejércitos. Paradójicamente, estas mismas ramas se inclinan con encanto, combinando combatividad con amabilidad, radicalidad con compasión.

Es un símbolo de la grandeza que debe caracterizar al alma virtuosa, ya sea de un prelado, un rey, un padre de familia o un religioso, pues la alta dignidad que su estado les confiere, lejos de repeler al pequeño, como que lo invita:



Reproducción

Imagen del alma recta, constante, humilde, fuerte y vigilante, la palmera es un monumento levantado por el divino Artífice y símbolo de su triunfo

Detalle de «La Resurrección de Cristo», de Fra Angelico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia). En la página anterior, destacada, una palmera imperial

«¡Ven a habitar también en estas alturas! Aquí el aire es más puro, la vista más completa y magnífica. Una vez fui igual que tú; sube a lo alto, ven y sé igual o superior a mí. ¡Alabemos juntos a Dios!».

Con esa grandeza mimosa la Divina Providencia adorna a sus criaturas.

Fructificando bajo el velo de la humildad

«Aunque la palmera sea la princesa de los árboles, es, sin embargo, la más humilde, lo cual lo demuestra al esconder sus flores»⁸ en grandes envolturas, llamadas espatas. Este elemento constituye una interesante estrategia: conserva los frutos protegidos de la intemperie, exponiéndolos sólo cuando están maduros.

De igual modo, «solamente la humildad sabe con sencillez hacer en público lo que debe aparecer y en secreto lo que debe permanecer oculto».⁹ Quien es verdaderamente humilde reconoce sus propios talentos, los dones naturales



y sobrenaturales recibidos, pero no se jacta esperando ser visto y alabado por los hombres; sabe que no posee nada que no haya recibido (cf. 1 Cor 4, 7).

«La palmera no deja ver sus flores hasta que el calor vehemente del sol hace que se abran sus vainas, fundas o bolsas en donde están encerradas; después de lo cual muestra de repente su fruto. Lo mismo hace el alma justa; pues conserva sus flores, es decir, sus virtudes, escondidas bajo el velo de la santísima humildad, hasta la muerte, en que el Señor las hace brotar y las deja aparecer al exterior, porque sus frutos no deben tardar en aparecer».¹⁰

Es interesante señalar que las palmeras fertilizan allí donde son plantadas, adaptándose fácilmente al clima y al suelo. Llenan el globo terrestre con una admirable multiplicidad de más de

dos mil seiscientas especies. Es una de las plantas más valiosas para el hombre, ya que de ellas se puede aprovechar casi todo: raíces, tronco, palmito, hojas, racimos fructíferos...

Recordemos, por ejemplo, la nutritiva y terapéutica agua de coco, utilizada por la medicina popular con probada eficacia, y la pulpa, con la que se elaboran dulces, helados, cremas, gelatinas, zumos, vinos, licores... Otras palmeras son valiosas por las semillas de sus frutos, de las que se extraen aceites ricos en vitaminas y útiles incluso para la industria. Las hojas son usadas para cubrir las casas; las fibras, en el arte de tejer sombreros, bolsos, cestas, cuerdas, redes, en fin, una infinidad de artefactos. De su madera, ligera y fácil de trabajar, se fabrican miles de objetos y utensilios.

Florecerán y se multiplicarán como la palmera

Parece muy apropiado que en el formulario de la misa del Común de los Santos una de las opciones para la antífona de entrada esté tomada del salmo: «El justo crecerá como una palmera, [...] plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios; en la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso» (91, 13-15).

¿Qué sería de la humanidad sin la existencia de los santos, que la elevan? Hubo un tiempo en que no se encontraba rincón alguno despojado de la unción de un hombre probo o de una dama virtuosa; llenaban claustros, presbiterios, castillos y palacios, casas, ciudades, países.

Ahora bien, los santos no sólo marcaron las páginas de una pasada y remota historia. Surgirán con tanto mayor esplendor cuanto más necesitado esté el mundo; y tal vez, en alabanza de los que vendrán en los últimos tiempos, un poeta del futuro podría cantar: «Florecieron y se multiplicaron los justos por todo el orbe de la tierra; rebasaron con mucho el número de las palmeras, y en todas sus propiedades las superaron».

Entonces se cumplirá el anuncio de San Juan Evangelista recogido en el Apocalipsis: «Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos» (7, 9). Llevarán la rama de la victoria y serán ellos mismos el trofeo del Dios victorioso. ♣

Reproducción



Los justos florecerán y se multiplicarán sobre la tierra, llevarán la rama de la victoria y serán ellos mismos el trofeo del Dios victorioso

Detalle de «La adoración del Cordero Místico», de Hubert van Eyck - Catedral de San Bavón, Gante (Bélgica)

¹ JOSI, Enrico. «Palma». In: PASCHINI, Pio (Dir.). *Encyclopédia Cattolica*. Firenze: Sansoni, 1952, t. IX, p. 650.

² BEATA ANA CATALINA EMMERICK. *Visiones y revelaciones completas*. Buenos Aires: Guadalupe, 1952, t. II, pp. 408, 412-413.

³ Cf. SAN FRANCISCO DE SALES. «Les vrais Entretiens spirituels». In: *Oeuvres*. Annecy: J. Niérat, 1894, p. 365.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 12/10/1990.

⁵ Cf. SAN JUAN EUDES. «L'enfance admirable de la Très Sainte

Mère de Dieu». In: *Oeuvres Complètes*. Vannes: Lafolye Frères, 1907, t. V, p. 165.

⁶ SAN FRANCISCO DE SALES, op. cit., p. 365.

⁷ BILAC, Olavo. «Palmeira imperial». In: *Obra reunida*. São Paulo: Nova Aguilar, 1996, p. 279.

⁸ SAN FRANCISCO DE SALES, op. cit., p. 358.

⁹ TISSOT, Joseph. *La vida interior*. 19.^a ed. Barcelona: Herder, 2003, pp. 425-426.

¹⁰ SAN FRANCISCO DE SALES, op. cit., p. 359.

... que las «Misas gregorianas» son celebradas por los difuntos?

Cuando muere un ser querido, a menudo oímos el comentario: «Al menos ya no sufrirá...». Sin embargo, esta expresión denota una visión incompleta de las realidades sobrenaturales. ¿No es cierto que el fallecido puede estar sufriendo dolores incomparablemente mayores en el Purgatorio y necesitar nuestra ayuda?

Como madre extremosa, la Santa Iglesia siempre ha recomendado a sus hijos que apliquen los frutos de la santa misa por los difuntos. Así pues, desde tiempos remotos, los fieles han solicitado la celebración de eucaristías en sufragio de las almas de los fallecidos, a fin de acelerar su liberación de las llamas purificadoras. Esta costumbre se intensificó después de un suceso ocurrido con el papa San Gregorio Magno (cf. *Diálogos*. L. IV, c. 57, n.^o 8-17) en el siglo VI, que dio origen a una práctica peculiar en la Iglesia, que perdura hasta nuestros días.

Un monje llamado Justo, viendo que se acercaba el final de sus días, le confió a su hermano, el médico que le asistía, que tenía tres monedas de



El Purgatorio - Santuario de Nuestra Señora de La Salette (Francia)

oro entre sus pertenencias, algo absolutamente prohibido por la regla. Al enterarse, San Gregorio mandó que reprendieran severamente al mo-

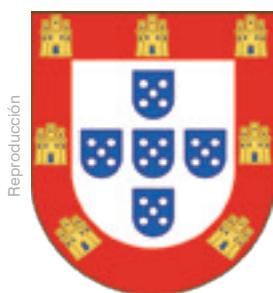
ribundo, para que se arrepintiera, y determinó, como reparación pública y para edificación de toda la comunidad, que su cuerpo no fuera enterrado en el cementerio del monasterio. Además, sobre su tumba debían ser pronunciadas las palabras de San Pedro: «¡Vaya tu dinero contigo a la perdición!» (Hch 8, 20).

Treinta días después de la muerte de Justo, San Gregorio tuvo compasión del difunto y, pensando con gran dolor en los suplicios que podría estar sufriendo, le ordenó al prior del monasterio que celebrara diariamente el santo sacrificio por el eterno descanso del incumplidor. Al cabo de un mes, Justo se le apareció a su hermano y le reveló que había sido liberado del Purgatorio gracias a la «Hostia salvadora».

La confianza en la eficacia del santo sacrificio dio origen a la tradición de celebrar treinta misas consecutivas por una persona fallecida. Aunque estas misas no tengan actualmente un formulario propio, la costumbre continúa hasta hoy con el nombre de *Misas gregorianas*. ♦

... que el blasón de Portugal fue entregado por Jesucristo?

Era la noche del 24 de julio de 1139. Alfonso Henrques, que sería el primer rey de Portugal, tenía frente a su campamento a cinco monarcas moros con sus respectivos ejércitos. Mientras suplicaba la ayuda divina, una fuerte luz



Reproducción
Escudo de armas de Portugal

le deslumbró los ojos y pudo ver la figura de Jesús crucificado.

El «Fundador y Destructor de Imperios» —como Cristo se llamó en la visión— se le apareció para anunciarle la victoria, no sólo en aquella batalla, sino también en todas las demás que el príncipe libraría. Más aún: venía a fundar un reino que predicaría su Nombre en regiones lejanas. Y a fin de marcar para siempre a la nueva nación, el Redentor añadió: «Compraráis tus armas por el precio con que compré al género humano, por aquel que fui comprado a los judíos, y este reino será santificado».

Habiendo obtenido la imposible victoria sobre sus enemigos, Alfonso

Henrques diseñó el escudo de armas de su pueblo según las órdenes del Señor: cinco escusones de azur puestos en cruz —en memoria de las cinco llagas de Cristo y de los cinco reyes moros derrotados—, contenido cada uno cinco bezantes de plata que, sumándolo todo, recuerdan las treinta monedas de plata con las que Judas vendió a Jesús.

Y así se perpetúa el símbolo de Portugal, tan bien descrito por Camões en *Os Lusíadas*: «Vedle en vuestro escudo, que presente / os muestra la victoria ya pasada, / en la que os lo dio por armas, y dejó / las que Él tomó para sí en la cruz» (Canto I, 7). ♦

Moral..., ¿manipulada?

Comportamientos corrientes, a los que a menudo no les damos la más mínima importancia, pueden influir profundamente en la formación de nuestra mentalidad...



✉ P. Louis Goyard, EP

En el mundo de ayer, nos acosábamos al hecho de que los ordenadores lograron imitar paulatinamente todo lo que poseemos: copiaron nuestra lógica, ganaron más memoria, multiplicaron su capacidad de procesamiento en lugar de nuestra inteligencia; adquirieron cámaras en lugar de ojos, micrófonos en lugar de oídos, altavoces en lugar de boca... Podría decirse que el hombre ha servido de modelo para muchos inventos técnicos y que, a su vez, los técnicos también han buscado reproducir mediante la informática casi todas las actividades humanas.

Poco a poco, la informática, que inicialmente había sido un lujo esotérico y carísimo, reservado a unos cuantos, se transformó en algo importante, luego corriente y, finalmente, inseparable del proceder humano. Hoy ya no hacemos nada sin ella y quizás ni siquiera sepamos vivir sin ella; se ha convertido en una prolongación de nuestro ser.

Llamado, al principio, «animal racional», el hombre ha sido considerado sucesivamente un «animal político», un «animal libre»... y ahora es un «animal digital». Queda por ver si todavía sigue siendo un animal. En efecto, en esta «evolución» se ha producido una inversión.

A diferencia de lo que sucedía en épocas antiguas, ya no somos noso-

tros, como sociedad, quienes gestionamos la tecnología. Durante algún tiempo, esa gestión estuvo en manos de una «élite» de lunáticos que se comunicaban en un lenguaje que sólo ellos entendían. Sin embargo, actualmente nos encontramos a las puertas de que la tecnología, por medio de la inteligencia artificial, adquiera su desarrollo por sus propias «manos».

Mientras esto ocurre, nuestra psicología, un tanto obligatoriamente, aunque a veces todavía insensiblemente, se va amoldando a la influencia que el universo digital ejerce sobre nosotros. Hasta tal punto nos condiciona —no sólo en nuestras acciones, sino incluso en los misteriosos mecanismos de la psicología que rigen nuestra forma de juzgar o reaccionar, es decir, nuestra mentalidad— que el mundo real empieza a resentirse.

Consideremos un punto, a modo de ejemplo...

Siempre que cometemos un error en el ordenador, instintivamente probamos arreglarlo presionando Ctrl + Z (o Comando + Z), ¿verdad?

¿Hemos borrado accidentalmente un párrafo de nuestro trabajo? Ctrl + Z.

¿Sin querer estropeamos la imagen que estábamos retocando? Ctrl + Z.

¿Invertimos la posición, alteramos el formato, cambiamos el color?... Ctrl + Z.

¿Chocó la taza del café contra el ratón o en el panel táctil y ocurrió un desastre? Ctrl + Z.

¿Pulsamos una tecla, ni siquiera sabemos cuál, y simplemente queremos «deshacer» lo que hicimos, sin importarnos cómo? Ctrl + Z.

A menudo el Ctrl + Z es nuestra salvación. Siempre funciona. Nunca —o casi nunca— hacemos algo que no pueda deshacerse con ese simple toque. Parece una máquina del tiempo, que nos permite volver a la seguridad del pasado, como si nunca hubiéramos tropezado con el susto del presente. Ctrl + Z es mágico; es casi un dios.

Sólo tiene un inconveniente: como tantas otras cosas, esas teclas prodigiosas actúan sobre nuestra psicología. La repetición tiende a crear hábitos. Por otro lado, cuando nuestro cerebro encuentra una solución, tiende a aplicarla a otros ámbitos, por analogía. Hábitos y analogías, combinados, acaban dando cierta connotación de absoluto, incluso inconscientemente, a algunas soluciones muy utilizadas.

Y aquí tenemos problemas. En nuestra vida real —vivida en carne, hueso y alma— no hay máquina del tiempo ni Ctrl + Z. Nuestras actos son irremediables, definitivos. Un jarrón roto se puede pegar, la leche derramada se puede reponer, un insulto se puede perdonar y reparar; pero el he-

cho concreto no puede deshacerse ni anularse.

A pesar de ello, el uso indiscriminado de los medios digitales parece estar creando una «generación Ctrl+Z»: personas con una mentalidad deformada, cada vez más irresponsables. Se exponen a riesgos absurdos —como tomarse peligrosísimas *selfis* en lugares imposibles—, no miden las consecuencias de sus actos, adoptan actitudes aberrantes, casi como si no tuvieran instinto de conservación. Gastan, roban, matan, se portan mal... y luego se llevan un susto tremendo cuando se encuentran ante las sanciones de la ley.

Y eso fue la inversión que ha habido: primero modelamos la tecnología, pero ahora estamos siendo modelados por ella.

Ahora bien, así como el Ctrl+Z no existe en la vida real, menos aún existe

en la vida moral. Podemos, sin duda, esforzarnos por volver atrás en un mal camino emprendido, incluso podemos superar por completo los efectos deletéreos de ese error; no obstante, nunca cambiaremos la historia, que ha registrado aquella desviación que hubiéramos querido evitar. El propio sacramento de la confesión perdona la culpa del pecado, pero no torna al acto

«no ocurrido»: si he matado a alguien, éste no volverá a la vida.

Así pues, el pecado existe, la virtud, también; ambos están a nuestro alcance, pero la decisión es sólo una, y puede ser equivocada. Cada decisión, como cada acto de libre voluntad, será juzgada por Dios, que premiará la virtud y castigará el vicio. Y ante el augusto juicio del Altísimo, no hay Ctrl + Z. *



FreePik

DC Studio / FreePik



Francisco Leceras

Canal eficaz de la acción del Espíritu Santo

En el episodio de la Visitación, podemos contemplar a la Santísima Virgen desde un ángulo poco conocido y amado, aunque de capital importancia para comprender la misión de nuestra Reina celestial: en cuanto Esposa mística del Espíritu Santo. Bajo este título, Nuestra Señora brillará en los siglos futuros por su capacidad de cambiar las almas con una eficacia superior a toda expectativa.

En el encuentro con Santa Isabel, se descubre el velo en cuanto al papel de María en la santificación de la Iglesia, al ser Ella como un solo espíritu con el divino Consolador, en virtud del vínculo esponsalicio de naturaleza mística que se estableció entre ambos a partir de la Anunciación.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP